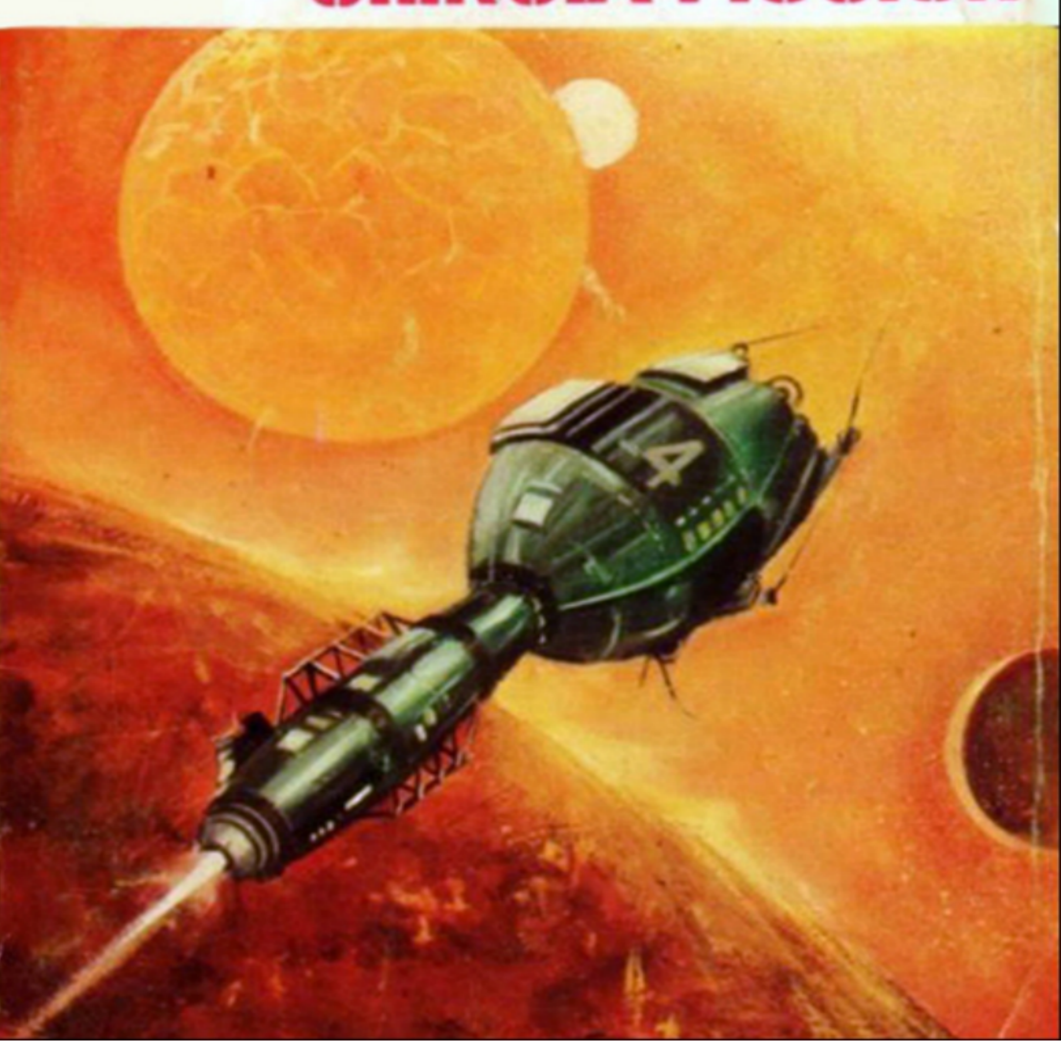
La conquista del ESPACIO

LOS PLANETOIDES DE KABARGA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION





LOS PLANETOIDES DE KABARGA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

549. — El imperio de Ornax, *A. Thorkent*.

550. — Juicio a una bestia espacial, *Glenn Parrish*.

551. — Los humanoides de Kebash, *A. Thorkent*.

552. — La leyenda de Mark Mirrel, *Clark Carrados*.

553. — Ha muerto Nong-2, *Ralph Barby*.

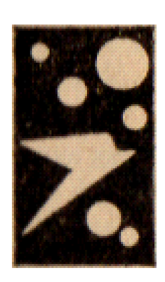
A. THORKENT

LOS PLANETOIDES DE KABARGA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 554

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 823 -1981

Impreso en España - Printed in Spain.

1ª edición: marzo, 1981

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Le habían dicho:

—En Intergal V embarcará en la nave precisa. Tenga la documentación.

Y otro consejero, fumando su cigarro, añadió:

—De allí irá directamente al sector 1234MM. Y sabe lo que esperamos de usted, señor Gaynord.

El jefe del departamento, aflautadamente, remarcó:

—Los resultados han de ser óptimos. Dispone usted de la mejor mercancía de la Galaxia. Confío en que no nos defraudará

Y Alan Gainord, tragando saliva dificultosamente, asintió con la cabeza, tomando los documentos y guardándolos en su carpeta.

Aún añadieron antes que él abandonase el despacho:

—Esperamos ansiosos los pedidos. En 1234MM existe una gran demanda de maquinaria. No se deje avasallar por la competencia.

Alan tomó una nave en el astropuerto cercano y embarcó hacia Intergal V.

Fueron dos días de monótono viaje. Había echado el ojo a una rubia impresionante, de casi dos metros de estatura, amplios pechos y caderas enloquecedoras. Pero la mujer, tal vez una aborigen de Altea... fue ligada por un corredor de bienes raíces, que se adelantó a la muy madura maniobra de Alan.

No volvió a verla. Sólo cuando la nave descendió en Intergal V la vio de nuevo, despidiéndose del corredor de bienes raíces con un prolongado beso. Aquel tipo era alto, pero la mujer todavía lo era un poco más y él tuvo que alzarse sobre las puntas de las botas.

Luego la chica bajó por un tubo distinto y el tipo, sonriente, se dirigió adonde estaba Alan.

—Vaya fiera —dijo sin más explicaciones, pero Alan sabía muy bien qué quería decir—. Me habían dicho que eran muy apasionadas las mujeres de Altea, pero no podía imaginarme que hasta tal extremo.

Alan trató de sonreír.

—Y también difíciles de abordar, ¿no?

—¡Nada de eso! Ella estaba esperando a otro tipo que la miraba con insistencia en el bar, pero ese idiota no se atrevía a invitarla a una copa. Así, me recibió con los brazos abiertos, cansada de esperar.

Y Alan comprendió que se estaba refiriendo a él, sin duda. El hombre se presentó como Jeremías Cosme. Alan intuyó que no habían pensado en que él podía ser el tímido que no se había atrevido a abordar a la despampanante mujer de Altea.

Bajaron por el tubo de gravedad y luego pasaron a la cinta móvil. Jeremías hablaba por los codos. Dijo que se dirigía a la Tierra, pero antes debía realizar unos trabajos en algunos planetas intermedios.

—Es la primera vez que vengo a Intergal V. ¿Y usted, señor...?

Alan recordó que no se había presentado y se apresuró a decir:

—Gaynord. Alan Gaynord.

—¿A qué te dedicas, Alan?

—Vendo maquinarias para instalaciones mineras. Voy... voy al sector 1234MM.

—No lo conozco. Suelo vender trozos de tierra en planetas tropicales. Comprenderás que los áridos mundos mineros no me interesan.

Cosme soltó una carcajada y golpeó a Alan en la espalda.

Gaynord no era un alfeñique, pero aquel golpe le cogió desprevenido y estuvo a punto de caer.

La cinta seguía llevándoles, junto con otro grupo de pasajeros, al interior de la terminal. A través de la estructura semiopaca Alan podía ver bien poco, pero adivinaba las formas de unas enormes instalaciones.

—¿Me dijiste si antes habías estado en Intergal V? —escuchó que le preguntaba Jeremías.

—No, Es la primera vez. Nunca he salido de...

—Pues si quieres yo te acompañaré. Este astropuerto gigantesco, todo automatizado puede resultar algo complicado para alguien como tú, ¿no?

—Pero si acabas de decirme que es también tu primera visita aquí...

—Pero yo soy intuitivo por naturaleza, amigo mío. Además, he estudiado y leído todo cuanto pude acerca de estos mundos de enlace. Creo que integral V es el mayor planeta de estos mundos de enlace. Creo que a es el mayor planeta dedicado a conectar con naves superlumínicas de este bloque galáctico. Pero están construyendo otro, Intergal VI en el borde que…

Jeremías hablaba y Alan dejó de percibir sus palabras. La cinta les había dejado en el comienzo de una sala impresionante. Apenas podía ver el final y el techo se perdía en una ligera bruma que simulaba un plomizo cielo invernal en la Tierra.

—Impresionante —susurró.

Jeremías se encogió de hombros.

—Bah, no es tan grande esto como me habían dicho. ¿Tienes ahí a mano tus documentos? Si mal no recuerdo debemos presentarlos en...

Alan sacó de su cartera unas láminas de plástico. Una era su pasaporte, otra su billete y la otra la tarjeta de crédito de la compañía para la que trabajaba. Todos sus gastos estarían controlados.

Jeremías miró las láminas ceñudamente, carraspeó y luego sacó otras que parecían idénticas, tan llenas de perforaciones y extraños dibujos como las de Alan.

—Estupendo. Nos dirigiremos a Información.

Llamaron un robot y solicitaron una plataforma. En realidad lo pidió

todo Jeremías, mientra Alan observaba en silencio, sintiéndose abrumado por el bullicio ordenado que existía en la terminal. Cientos de pasillos elevados con cintas rodantes se movían por todas partes. En el aire flotaban miles de anuncios luminosos indicando a los millones de pasajeros cuál era su camino de acceso o de salida, según tuviesen que embarcar o realizar un transbordo.

Acudió una plataforma circular de dos metros de diámetro, con cuatro asientos. El robot solicitó una tarjeta de crédito y Jeremías le entregó una, que Alan estuvo seguro se trataba de la suya. El robot la introdujo en una ranura, emitió las gracias guturalmente y se alejó porque otros pasajeros le reclamaban.

—Nuestros equipajes serán enviados a nuestras respectivas naves, Alan —explicó Jeremías con suficiencia—. Ahora iremos a Información y luego a Embarques. Más tarde...

La plataforma se deslizó a unos cuarenta centímetros del suelo, conducida automáticamente cuando Jeremías indicó al servopiloto que querían ir a Informacion.

Allí se sentaron delante de una computadora. Después de observar cómo la plataforma se alejaba en busca de más clientes, Alan miró a Jeremías, que tecleaba un poco torpemente. Se equivocó dos veces, borró el mensaje y tuvo que comenzar de nuevo, emitiendo una forzada de disculpa. Y Alan pensó que su nuevo amigo no estaba tan familiarizado con semejante situación como alardeaba.

Al cuarto intento la pantalla del computador reflejó:

PASAJE 90-KJL-9807-BE EN EMBARQUE PL/345. PASAJE 23-FGY-6432-CX EN EMBARQUE PL/345.

—¡Vaya suerte, Alan! —exclamó Jeremías—. Tenemos que presentamos en la misma unidad de embarques.

El computador emitió la siguiente advertencia:

PRESENTACIÓN DENTRO DE CINCUENTA MINUTOS. LÍMITE DOS HORAS.

Alan frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir ahora?

—Es simple; que no podemos ir antes de cincuenta minutos. Bueno, eso será interesante para nosotros porque podemos celebrar este encuentro tomando unas copas. Ea, Alan, te invito.

Tomaron de nuevo una plataforma y pidieron ir a la cantina. Alan no dijo nada porque Jeremías seguía usando su tarjeta de crédito para abonar el servicio de la plataforma. Tal vez no se daba cuenta de lo que hacía, ya que seguía llevando en una mano media docena de láminas de plástico que parecían todas iguales.

El establecimiento de bebidas estaba repleto, pese a sus enormes proporciones. Había gente de toda la Galaxia. Alan fue empujado por una enorme masa de pelos grises, una verdadera montaña de carne que caminaba pesadamente. Lo reconoció como un nativo de Antares lll. Luego estuvo a punto de pisar a un diminuto ser de Lara VII, que le dirigió un estridente chillido de sorpresa y luego saltó para refugiarse en su esfera flotante.

—Encontraron una mesa vacía y Jeremías pidió unos combinados especiales. Y de nuevo Alan pensó que su nuevo amigo era tremendamente distraído porque seguía usando su tarjeta de crédito para pagar. Hizo un tímido intento de recuperar sus láminas, pero Jeremías llevaba los combinados con un añadido de bourbon.

Alan estaba empezando a arrepentirse de haberse topado con aquel tipo. Jeremías bebía como un condenado y siempre pagaba con la tarjeta de Alan. Hablaba sin cesar. Refirió sus aventuras amorosas y describió vivamente los dos días pasados con la mujer de Altea, hasta el extremo que a Alan se le pusieron los dientes largos.

Al cabo de una hora Jeremías no podía tenerse en pie y Alan le recordó que debían presentarse ya en Embarques.

Con voz espesa Jeremías Cosme aseguró que no tuviese ningún temor porque allí estaba él para cuidar a su buen amigo Gaynord. Llamó un robot y solicitó una plataforma. Pacientemente el robot explicó que las plataformas sólo podían ser usadas fuera del recinto.

—Bueno, Jeremías, yo llevaré los documentos. Apóyate en mi hombro y salgamos... —Empezó a decir Alan deseando dejar el establecimiento

de bebidas.

—Bah. Yo puedo caminar solo y no puedo consentir que tú te preocupes por las formalidades. Este maldito robot es un estúpido que…

Pero Alan tuvo que conducir a Jeremías hasta el exterior.

Allí encontraron una plataforma y dieron la dirección adecuada. Pese a su estado, Jeremías no encontró ninguna dificultad en que fuera la tarjeta de Alan la insertada para abonar el servicio.

En Embarques se pusieron en la cola. El único momento que Alan dejó de sostener a su amigo, éste dejó caer las tarjetas al suelo. Lanzó una maldición y no consintió que Alan las recogiese, como hubiera sido el deseo más íntimo de éste.

—Nada, nada —tartamudeó Jeremías—. Yo puedo hacerla solo, querido amigo. ¡Faltaría más!

Cuando llegaron hasta el mostrador, Jeremías entregó dos grupos de tarjetas a la imperturbable empleada humana.

—¡Hola, qué agradable sorpresa! Ya era hora que encontrásemos algo bonito en este condenado lugar. ¡Una chica y bonita! ¡Estaba cansado de tantos robots!

La chica observó con desprecio a Jeremías y con cierta consideración a Alan. Tomó las tarjetas y las insertó en unas ranuras. Sonaron unos repiqueteos… y luego otros más. La chica se volvió para mirar con sorpresa la máquina.

—¿Qué pasa? ¿Es que se ha averiado la máquina? —preguntó riendo Jeremías—. Oye, linda, ¿a qué hora terminas de trabajar para que tú y yo nos vayamos a tomar un trago?

—Vamos, Jeremías, serénate —le pidió Alan, asustado porque los que esperaban les miraban entre sonrisas. Pero también los había que parecían furiosos—. ¿Cómo la vas a invitar si embarcamos en seguida?

—¡Caramba! Pues es verdad —rió Jeremías golpeando la espalda de Alan—. Cancela la cita, preciosa; otra vez será. Bueno, ¿qué pasa con nuestras tarjetas de embarque?

La chica le dirigió una mirada furiosa y pulsó una tecla de la máquina. Masculló algo que Alan creyó entender como que aquello no podía

pasar nunca.

Cuando la chica estaba a punto de levantarse para pedir ayuda al técnico jefe, la máquina expulsó dos pasaportes, dos tarjetas de crédito y dos largas láminas de embarque.

Ella suspiró aliviada.

—Bien, ya está todo aquí —de soslayo miró a Jeremías—. Vamos, dense prisa. Hay personas esperando.

Aunque Alan se sentía un poco mal no estaba tan borracho como su compañero. Tuvo que sacarlo de delante de la chica de un tirón. Le puso sus tarjetas en una mano y le suplicó:

—Por favor. No tenemos mucho tiempo.

—Voy, voy. No seas impaciente, amigo. Estás a mi cuidado; ya lo sabes. Con Jeremías Cosme no se puede uno perder en estos sitios.

Las tarjetas de embarque disponían de un número y un color. Sólo tuvieron que tomar las cintas deslizantes adecuadas, ascender, seguir y bajar. Luego torcieron por la derecha, siguieron y se desviaron por la izquierda.

Alan empezó a sentirse mareado de tantas luces y cambios. Entraron en un tubo brillante, de color rosado.

Entonces se percató que cada vez había menos gentes a su alrededor. Eran los únicos que estaban por aquella sección de embarque. Se detuvieron delante de una barrera. Un robot inmóvil les pidió las tarjetas, colocándoselas delante de sus visores. Allí las tuvo más de un minuto. Luego dijo guturalmente:

—Muelle número 8.907, sección By C.

Les permitió la entrada y de nuevo los dos amigos se encontraron en otra cinta deslizante. Alan reprimió sus deseos de vomitar. La bebida le había sentado fatal. Por el contrario, Jeremías canturreaba una canción inaudible. Parecía hallarse en su estado ideal.

El camino se bifurcaba en dos y Alan dijo a Jeremías:

—Amigo, debemos separamos ahora. Tú tomas el B y yo el C.

—Oh, que lástima. Ha sido un día estupendo a tu lado, Alan. Lamento que nos separemos ahora.

Jeremías le estrechó fuertemente e incluso le besó en el cuello. Molesto, Alan se separó de él y le condujo hacia la entrada B. Jeremías estuvo a punto de caer cuando entró en la cinta y se alejó de allí agitando las manos como despedida y diciendo cosas con su lengua de borracho que Alan apenas entendió.

Alan tosió y aguantó sus deseos de arrojar los combinados. Entró en la conducción e y se apoyó en la pasarela. Luego miró hacia delante y vio un largo túnel apenas alumbrado por una mortecina luz amarilla.

Se volvió para mirar hacia atrás. Detrás suyo no venía nadie. Estaba solo. ¿Por qué?

Se encogió de hombros, seguro de no haberse equivocado de camino. El robot no habría permitido semejante error.

Ahora sería introducido directamente en la gigantesca nave que debería llevarle hasta el Sector 1234 MM.

Al menos su compañía no había escatimado gastos para que viajase en una de las modernas naves estelares de más de tres kilómetros de largo, verdaderos palacios del espacio. En poco más de seis días estaría en el primer de los mundos del Sector 1234 MM y…

Sus pensamientos se esfumaron cuando la cinta se detuvo delante de una cerrada puerta de acero circular. Allí no había ningún robot.

Una luz se encendió. Formó una serie de letras que decían:

UNIDAD ESTELAR JULT—8373640. ACCESO RESTRINGIDO. DEBE IDENTIFICARSE.

Alan arrugó el ceño y mostró su tarjeta de embarque, colocándola delante del visor. Después de unos instantes la pesada puerta se abrió y le mostró un angosto pasillo, que en seguida se amplió enormemente.

Una voz le dijo:

—Camarote 78-B, nivel tercero, ala estribor.

El pasillo se fue llenando de luces que le indicaban los niveles primero y luego los camarotes.

Alan tardó más de quince minutos en hallarse delante del camarote 78-B, en el tercer nivel. Suspiró aliviado. Entró y miró buscando sus maletas. Se extrañó no hallarlas. Se dijo que tal vez se las enviasen más tarde, cuando se hallasen en pleno vuelo.

Tocó la cama y la halló tan agradable que se tumbó en ella. Sabía que no iba a notar el momento de la partida. Aquellas naves tan modernas estaban equipadas con un nuevo dispositivo que impediría que si una copa se moviese un milímetro sobre una mesa de mármol.

Cerró los ojos, quedándose un poco adormilado.

Cuando los abrió miró su reloj y se asombró un poco al comprobar que habían transcurrido seis horas desde que entró en la nave.

Pero aún se quedó más perplejo cuando encontró a Jeremías Cosme sentado en una silla al pie de su cama.

CAPÍTULO II

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó saltando del lecho. Cosme se encogió de hombros. No había ningún rastro de borrachera en su rostro.

—Creí que te dirigías al Sector 1234 MM —dijo.

—Pues claro que sí. Y yo pensé que tú querías ir a… Bueno, no recuerdo. Sólo sé que al final estarías en la Tierra.

—Por favor, habla suave —dijo Cosme torciendo el gesto—. He tenido que tomarme varias píldoras para despejarme. Llevo dos horas recorriendo esta nave. Aún me duraba la resaca cuando empecé a canturrear una vieja canción. No sé cómo incluí tu nombre y una voz me dijo dónde estabas, en este camarote.

—¿Algún tripulante?

—No. He dicho una voz. No he visto a nadie todavía. Mi camarote está cerca de aquí —esbozó una sonrisa—. Bueno, más o menos a medio kilómetro. Pero los medios de desplazamientos son rápidos en esta condenada y gigantesca nave. Decía que cuando pronuncié tu

nombre algún monitor saltó de sus relés y me informó que estabas aquí.

—¿Y no has pensado que puedes haber sido tú quien se ha equivocado de nave? —preguntó Alan levantándose lentamente de la cama.

—Demonios, no. ¿Cómo podía errar y…?

Calló de pronto y apretó los labios, bajando la barbilla.

—No lo había pensado —añadió con aire ausente.

Alan resopló y entró en el pequeño cuarto de baño. Echó agua en el lavabo y se refrescó la cara. Le habría gustado ducharse, pero consideró que no tenía tiempo.

—¿Hace mucho tiempo que estás aquí? —preguntó Alan saliendo del cuarto terminando de secarse la cara.

—Unos minutos. Iba a despertarte, pero decidí asegurarme de que a ti te pasa lo mismo.

—¿Qué me sucede?

—No tienes equipaje.

Rápidamente, Alan abrió las alacenas. Estaban vacías. Jeremías dijo:

—Normalmente las maletas suelen estar en los camarotes antes de que lleguen los pasajeros. Es una negligencia imperdonable.

—No divagues ahora, por favor. La cuestión es que uno de los dos se ha equivocado de nave, ¿no?

—Ciertamente.

—Entonces debemos buscar al sobrecargo y salir de dudas.

Jeremías gimió.

—Oh, Dios mío. Si el equivocado he sido yo, ¿qué puedo hacer en unos planetas mineros intentando vender bienes raíces?

—Dudo que hagas un solo contrato. Salgamos.

En el corredor delicadamente alumbrado se enfrentaron a dos filas de cerradas puertas. Se percataron que aparte de un leve rumor sólo

podían escuchar sus propias respiraciones.

Alan pensó que tampoco él iba a conseguir buenos pedidos en la Tierra. ¿Para qué iban a querer allí pesadas maquinarias extractoras? Se asustó un poco al pretender imaginarse la postura de sus jefes cuando supieran que él, su vendedor, se hallaba extraviado en una nave con dirección no sabía adónde todavía.

Anduvieron por los pasillos durante un rato. Minutos más tarde estaban convencidos que se habían perdido.

—No hemos visto ni siquiera robots. Es extraño —murmuró Jeremías.

Alan señaló unas indicaciones.

—Por ahí se va a los comedores.

—¡Vaya! Ahora recuerdo que tengo hambre.

Pero en el comedor no había nadie. Ni siquiera las mesas y sillas. El enorme salón estaba totalmente desierto.

Alan notó que le costaba trabajo respirar y no precisamente porque el oxígeno no fuera abundante y el suficiente.

—¿Seguro que no te has cruzado con alguien? —preguntó a su igualmente consternado amigo.

Este negó con la cabeza, empezando a ponerse un poco pálido.

Una hora después habían recorrido una buena parte de babor.

—Alan, ¿dónde estamos?

Gaynor no pudo reprimir una sonrisa divertida.

—¿No eres tú siempre el experto? Creí que podrías resolver una situación tan simple como ésta?

—No te burles, Alan. Y tampoco consideres esta situación una simpleza. Estoy... estoy asustado.

Alan esgrimió una sonrisa despectiva para vengarse de la superioridad que su amigo había exhibido con él anteriormente. Y también recordó que había usado desaforadamente su tarjeta de crédito.

—Bueno, ahora las grandes naves interestelares son todas iguales. Son


como gotas de agua. Lo mismo podemos estar en la tuya que en la mía o...

—¿O en otra distinta? —concluyó Alan. Jeremías le miró alarmado.

—No compliques aún más esto, Alan.

—Pues busca tú la solución. ¿Qué te parece si nos dirigiéramos al puente de mando? Por ese camino tendríamos que pasar por las dependencias de la tripulación y forzosamente tendremos que encontramos a alguien que nos explique cuál es nuestro destino —aspiró aire y concluyó—: Así sabríamos quién de nosotros dos es el más idiota al haberse equivocado de nave. Jeremías le miró ceñudamente. —Pareces enfadado conmigo, Alan.

—¿Quieres saberlo? —y antes que le diese Jeremías una respuesta, agregó—: Recuérdame que tenemos que ajustar cuentas, porque me debes dinero.

Ante la mirada repleta de sorpresa del vendedor de bienes raíces, Alan apostilló:

—Y si nos encontramos con un camarero cada uno pagará su cuenta. Porque yo me estoy muriendo de hambre.

Jeremías abrió desmesuradamente la boca.

—Ah, te refieres a que...

—Sí, exactamente —un poco enfadado, Alan sacó de un bolsillo sus láminas de plástico, apartó la tarjeta de crédito y la agitó delante de los ojos de Jeremías—. Me dejaré cortar un brazo antes de dejártela usar de nuevo.

—Un momento —dijo Jeremías dirigiendo sus manos hacia las láminas.

Alan intentó apartarlas y él le calmó con una sonrisa tranquilizadora.

—No pienses mal. Es que tú tienes mi pasaporte, amigo. Después de observar los dígitos de identificación, Alan exclamó:

—¿Y el mío? ¿Lo habré perdido?

Pero Jeremías le estaba tendiendo otro.

—Lo hemos confundido. Yo tenía tu pasaporte.

Se los intercambiaron y entonces Ajan empezó a comprender ciertas cosas. Recordó que la máquina de la sección de Embarques había tardado más de lo usual en devolver la documentación cuando la señorita las insertó.

Alan se hubiera sentado de tener una silla a mano. Sintió que las piernas le flaqueaban.

—¡Qué barbaridad! —dijo mirando las láminas, incluso las de Jeremías—. Vaya lío que formamos, amigo.

—¿Qué dices?

—Simplemente que mezclamos, mejor dicho los mezclaste tú, los documentos cuando los tomó la encargada de Embarques. Por eso la máquina se demoró tanto...

Jeremías se pasó la mano por la frente.

—Lo normal habría sido que no nos hubiesen entregado las tarjetas de embarque, ¿no?

—Qué sé yo. Tal vez nuestros números, accidentalmente, coincidían con los de este vuelo, con los de esta nave que Dios sabe adónde irá.

Alan cerró los ojos. Ahora iba comprendiendo por qué no habían visto a nadie a lo largo de un buen trayecto mientras creían dirigirse a sus respectivas naves. Se lo dijo a su amigo y éste asintió:

—Sí. Yo también noté algo raro. No había nadie en aquel lugar de las instalaciones, algo increíble. Amigo, lo que nos está pasando es algo que sólo puede suceder una vez cada mil años y con una probabilidad de un billón entre uno.

—Pero nos ha tocado a nosotros —masculló Alan.

Jeremías empezó a caminar en dirección a la salida de la sala de juegos de babor.

—Pero alguien habrá, ¿no? Además, la culpa no es nuestra. Lo lógico es que el computador general de lntergal V hubiese detectado nuestro error y no darnos unas tarjetas de embarque para esta nave.

—Entonces digámoslo cuanto antes al capitán. Tendremos que bajar en el próximo planeta.

—¿Crees que alguien se hará cargo de nuestro problema y nos

devolverá a Intergal V sin gastos adicionales?

Socarronamente, Alan replicó:

—Tú eres el experto, el hombre ducho en astropuertos ultramodernos.

—Oh, déjate de tonterías.

—¿Por dónde se irá al puente de mando? ¿Tienes alguna idea de cómo saberlo?

—Supongo que existirán informadores en los pasillos principales. En estas naves tan grandes a veces los pasajeros se extravían.

Alan recorrió con la vista el pasillo en que se encontraban.

—Pues en éste no veo nada parecido a un informador automático, conectado con el computador central.

Allí las cintas rodantes estaban quietas, silenciosas. Alan refunfuñó y empezó a caminar. Jeremías le siguió dócilmente. Repentinamente se sentía contento, pese a lo embarazosa de la situación. La insoportable superioridad que hasta entonces había practicado con él aquel cretino se había venido pesadamente al suelo. Jeremías no parecía poseer los grandes conocimientos de que hiciera gala en Intergal V.

De lo que no había ninguna duda es que aquella nave viajaba por el espacio estelar. Si por un pequeño instante Alan había pensado que aún estaban en el astropuerto, esa pequeña esperanza se vino abajo cuando al pasar delante de un observatorio para el pasaje casi se atragantó al comprobar que al otro lado de la cúpula se hallaba el distorsionado entorno que producía la nave en su viaje superlumínico.

Los indicadores, afortunadamente para ellos, funcionaban. Empezaron a ver letreros que indicaban a los invisibles pasajeros que se acercaban a un área restringida. Los indicativos color naranja fueron cambiando hasta convertirse en rojo intenso.

Legalmente no podían seguir más adelante. Pero la situación no era normal y ninguno preguntó al otro si debían detenerse allí, delante del brillante cartel que prohibía terminantemente el paso al personal no perteneciente a la tripulación.

Pero más allá se encontraron con las puertas cerradas.

Eran de acero y sin manillas ni abridores fotónicos. Sólo podían

abrirse desde el puente de mando, situado al otro lado.

Intentaron seguir adelante por otros pasillos. Todos terminaban con idénticas puertas de acero cerradas, infranqueables.

Jeremías suspiró.

—Bueno, se acabó. ¿No te parece que lo ideal sería que ahora nos dedicásemos a buscar la cocina?

Alan asintió. También él sentía un hambre cada vez mayor y un nefasto presentimiento fue agigantándose en su mente, pero no se atrevió a exteriorizarlo a su compañero.

Regresaron cabizbajos, caminando despacio. Alan pensó en un futuro oscuro y tenebroso. Tarde o temprano localizarían las cocinas y por lo tanto los depósitos de comida. ¿Pero qué pasaría si tampoco allí había nadie y además no existía un gramo de comida?

Alan se quitó la casaca y se desabrochó el cuello. Sintió la lengua seca. Notó que era observado por Jeremías, que dijo:

—A mí también me afecta el aire acondicionado, la atmósfera tan pura, maldita sea. ¿Es que no hay ni un poco de agua por aquí?

Entraron en las salas de baile y corrieron hacia las barras.

Aunque las estanterías estaban vacías, sin una mísera botella exhibida, pulsaron los grifos. Escucharon un siseo y luego se miraron con desaliento.

—La cocina, Alan, la cocina. Tenemos que encontrarla —masculló Jeremías pegando una patada a algún objeto invisible.

El siguiente pasillo se curvaba suavemente y los tonos eran cálidos, verdes y naranjas en distintas intensidades. Alan percibió un rumor y quedóse quieto cuando su compañero se volvió para mirarle, meneó la cabeza y se encogió de hombros.

—Nada. Parece que escucho tonterías —dijo.

—¿Como un agradable sonido de agua en una gran alberca? —preguntó Jeremías suavemente.

—Sí, demonios. Precisamente eso. Creí que sólo yo lo había escuchado.

—Pues yo también, y viene de ahí.

Señaló hacia una puerta ancha que se vislumbraba al fondo del pasillo. Corrieron hacia ella y se detuvieron en el umbral.

La estancia que había al otro lado era amplia, con una piscina grande en su centro. Estaba llena de azulada agua, que era agitada por el bracear cansino de una chica que nadaba totalmente desnuda.

Entonces escucharon que la chica, mientras nadaba tranquilamente cantaba una conocida canción, con voz suave y delicada.

Pero el rumor del agua les pareció la más sublime música para acompañar las estrofas.

Muy lentos se dirigieron hacia el borde de la piscina. Los dos, con ojos muy abiertos, observaron el bronceado cuerpo que se deslizába sobre las aguas azules en dirección al otro extremo. Nadaba de espalda a ellos y aún no les había visto.

La chica alcanzó la escalerilla y ascendió por ella. Su cuerpo desnudo dejó un reguero de agua, alcanzó una toalla roja y empezó a secarse. Entonces se volvió y les vio.

Dejó de secarse el largo y rubio cabello y quedóse unos instantes quieta, mirándoles. Luego, un poco sorprendida, pero sin ningún síntoma de temor, les preguntó:

—¿Quiénes son ustedes?

CAPITULO III

Alan caminó por el borde de la piscina en dirección a la chica, mientras sus ojos no dejaban de admirar aquel cuerpo moreno, escultural.

Ella se arrolló una toalla pequeña sobre la cabeza y con otra mayor se cubrió, pero de forma displicente. Caminó unos pasos hacia los dos hombres, pero se detuvo cuando unos diez metros les separaban.

—Bien, ¿por qué no hablan?

—Queremos ver al sobrecargo —dijo Alan.

La chica soltó una carcajada.

—¡Qué bien! ¡Y yo!

—¿Qué es usted?

—Me llamo Mary Bates.

—Soy Alan Gaynord y éste es mi amigo Jeremías Cosme, pero yo quería haber preguntado qué es usted en esta nave. ¿Tripulante o pasajero?

Mary pasó delante de ellos, les hizo un mohín y sin abandonar su sonrisa se dirigió hacia el fondo de la sala. Allí estaban en el suelo unas prendas de vestir. Se soltó la toalla y empezó a ponérselas.

—Vaya chasco, chicos —dijo mientras se ajustaba unos pantalones negros. Luego, cuando se metió por la cabeza un suéter, añadió—: Al verles había pensado que al fin alguien se dignaba a interesarse por mi persona.

Alan cerró los ojos e intentó contar hasta diez, pero sólo alcanzó hasta el siete. Los abrió y preguntó:

—Usted quiere decir que no pertenece a la tripulación ni tampoco a...

—Eso. Tampoco soy una pasajera. Bueno, no una pasajera normal. Carezco de boleto —les miró inquisidoramente—. ¿Es que vosotros tampoco habéis pagado?

—En cierto modo, sí; pero sospechamos que ésta no es nuestra nave. Por algún error nos han embarcado en otra distinta. Llevamos unas horas intentando encontrar a alguien.

Mary se calzó unos pequeños zapatos, aspiró varias veces y realizó unas flexiones. Luego miró a los hombres serenamente, pero sin la sonrisa que hasta entonces había exhibido.

—Yo ya había perdido la esperanza. ¿Habéis encontrado el puente?

—Sabemos por dónde se llega, pero no podemos acceder a él. Las puertas están selladas —se volvió para mirar el agua de la piscina—. Al menos no nos moriremos de sed.

—No es preciso beber de la piscina —dijo Mary—. Yo encontré la

piscina seca, pero localicé el suministro. Estaba sedienta y empecé a llenarla. Luego de beber de un surtidor, de ése —señaló un cilindro de acero— pensé que un baño y unos minutos nadando serenarían mis ideas.

Los dos hombres corrieron hacia el cilindro y Jeremías fue el primero en hacer surtir un agradable chorro de agua. Cuando se saciaron regresaron al lado de la chica. Alan la miró fijamente, ella rió y dijo:

—Eh, espero que no tengáis tanta hambre que estéis pensando en asarme, ¿no? Chico, es que me miras de una forma...

Alan se disculpó con una sonrisa.

—Lo siento. Es usted muy bonita. Y nadaba muy bien. Mary sonrió y le miró de soslayo.

—Comprendo. Pero creo que sería más sensato que nos tuteáramos todos, ¿no?

—Con el agua se me ha avivado el hambre —dijo Jeremías—. Estábamos buscando las cocinas o depósitos de alimentos.

Ella se agachó y tomó una bolsa de piel. Del interior sacó unos envoltorios metálicos, entregando uno a cada hombre.

—Es parte de mi comida. Creo que será mejor que no despertéis vuestros instintos de antropófagos.

—No somos tan salvajes —dijo Alan quitando el envoltorio y mirando con deleite un emparedado de carne—. ¿Cómo es que tienes esta comida?

—Una nunca sabe con lo que va a encontrarse y siempre viajo prevenida.

—¿Polizón profesional?

— Llevo dos años en esto, viajando de un lado a otro de la galaxia.

Con la boca llena, Jeremías comentó:

—Creí que en un astropuerto como el de lntergal V resultaba imposible colarse en una nave.

—Así me lo habían asegurado y yo quería saber si era cierto. Durante dos días estuve rondando por el astropuerto, investigándolo. Encontré

un sector apenas vigilado y conseguí burlar los robots vigilantes. Llegué hasta esta nave y entré. Llevo aquí dos días, esperando que partiera. Pero sólo lo hizo apenas hará unas ocho horas.

—¡Llevas dos días aquí! —exclamó Alan asombrado—. ¿Y no te has asustado? Nosotros con mucho menos tiempo ya estábamos alarmados.

—Es que casi todo el tiempo he estado escondida. No quería ser descubierta hasta que no estuviéramos en el espacio —rió divertida—. Tiene gracia, ¿no? No quería ser vista aquí, en una nave donde no hay nadie excepto nosotros tres.

* * *

—¿Por qué estás tan segura que no hay nadie más? —preguntó Alan.

Ella agitó los brazos.

—Porque no es lógico que aún no nos hayamos topado con algún tripulante o pasajero.

—La nave es muy grande —apuntó Jeremías.

—Aun así. El control central de la nave ha debido registrar el uso que yo hice del agua para llenar la piscina. Cuando os vi pensé que al fin el capitán había enviado a alguien para investigar.

Jeremías terminó de comerse el último pedazo de pan y miró glotonamente la bolsa de piel que Mary se había colgado al hombro.

—Estaba riquísimo.

—Pues te conformarás con eso por ahora.

—Me he quedado con hambre aún...

—Tengo aún más comida, pero no mucha. Debemos cuidarla —dijo Mary agarrando su bolso.

—Mary tiene razón, Jeremías —dijo Alan—. Debemos ser sensatos. Al menos ya sabemos que no nos moriremos de sed. Busquemos comida.

* * *

Seis horas más tarde se sentaron en el suelo de un pasillo.

Alan alzó la cabeza y dijo:

—Estamos cerca del puente: zona restringida para el pasaje.

—Y las cocinas estaban vacías, condenación —maldijo Jeremías apretando los puños—. Esos enormes frigoríficos desiertos... Resultaban una visión deprimente. Ni una migaja de pan. ¿Qué va a ser de nosotros?

Alan se encogió de hombro.

—Un hombre con agua suficiente puede resistir más de treinta días sin comer —sonrió al mirar a Mary—. Y siempre nos queda el recurso de asar una chuleta de las hermosas piernas de nuestra amiga, ¿no? Por cierto que está para comérsela...

Mary se levantó de un brinco y Alan pensó que había llegado muy lejos con sus bromas. ¿Acaso ella había pensado que hablaba en serio?

Pero Mary no parecía haber escuchado sus palabras. Estaba mirando los letreros que advertían al pasaje de la proximidad de la zona prohibida.

—Esta nave se dirige a algún sitio —musitó Mary.

—Claro que sí; pero no sabemos cuánto tiempo durará el viaje —replicó Alan—. Puede ser sólo un día más como cien.

—Tiene que haber alguien, seguro. Y han de estar en la sección del puente. Estas naves modernas alojan a la tripulación cerca del puente. Allí están sus cocinas y demás servicios, separados de los destinados al pasaje.

—Estás muy enterada de esto, Mary.

—Llevo mucho tiempo usando los servicios gratuitos de las líneas estelares —sonrió ella—. Chicos, vamos ante esas cerradas puertas que antes os impidieron entrar en el puente y protestar al capitán por el deficiente servicio de esta nave.

—Oh, no digas tonterías. Están señaladas. Sólo pueden abrirse desde el otro lado.

—Tú eres quien no razonas, Alan. Esas puertas pueden abrirse desde esta parte manualmente.

—¿Estás segura?

—¡Claro que sí! Mis dedos son muy sensibles y puedo encontrar la combinación adecuada. Aún siguen usando claves de dígitos.

* * *

Minutos más tarde, Mary se apartó de las teclas que ella misma había descubierto al mover un pequeño rectángulo situado al lado de una de las puertas de acero.

— Ya está —con toda solemnidad pulsó una última tecla y las pesadas puertas de acero se deslizaron suavemente a los lados—. El camino al puente está libre, amigos.

Ella entró resueltamente y los dos amigos la siguieron levemente inquietos, tal vez intimidados por el lugar.

Las luces allí eran distintas. Casi todas lucían en intenso rojo para los pasillos y suavemente blancas en las habitaciones.

Entraron en una habitación y Mary dijo:

—Dormitorios para la tripulación.

Pero las camas no disponían de colchones y nada indicaba que hubiera dormido nadie allí durante los últimos días.

Los siguientes dormitorios también presentaron idéntico aspecto y en los tres seres empezó a cundir cierto temor.

Pero la cocina les devolvió la esperanza. Los suministradores de alimentos funcionaban y los depósitos estaban llenos. Pese a que tenían a su alcance más de un centenar de platos distintos, según pudieron leer en las listas del menú, ninguno, se atrevió a tocar nada, Pareció ser suficiente que allí hubiera comida a su alcance.

Más animados siguieron inspeccionando. Visitaron más dormitorios. También estaban con visibles muestras de no ser usados. Luego cruzaron por el gimnasio, sala de juegos, comedor y otras estancias.

Jeremías se había separado un poco de los otros dos y adelantándose un poco, empujó una puerta. Gritó en seguida:

—Eh, venid.

Alan y Mary corrieron y miraron hacia el interior. Era un pequeño comedor, tal vez el que usaba el capitán y sus oficiales. Sobre una mesa había restos de comida. Alan tocó el pan y lo encontró tierno. Y la taza de café aún contenía un resto.

—No hay duda que hay personas a bordo. ¿Pero dónde están?

La interrogante de Alan fue respondida por Mary, indicándoles un camino y diciendo:

—Por allí iremos al puente. Ahí deben estar, sin dudas. Cuando se aproximaron al puente ya caminaban de puntillas, evitando hacer cualquier ruido. La sólida puerta de metal estaba medio abierta. Con el pulgar, Mary hizo que se deslizara hacia un lado, como si no pesase nada gracias a su perfecto equilibrio.

Se sintieron rodeados por un suave y no desagradable rumor. Avanzaron unos pasos y se situaron delante de una especie de palco desde el cual se dominaba una amplia y semicircular sala, llena de consolas, máquinas y pantallas luminosas.

Los tres amigos se miraron entre sí, sin atreverse a pronunciar palabra alguna. Muy despacio, Mary levantó su brazo derecho y señaló hacia un rincón.

Había docenas de sillones delante de los mandos complicados y centelleantes de luces, pero todos se fijaron en uno especialmente.

Allí había una figura. No podían verla bien a causa de la distancia y porque la luz le daba de frente y el hombre o mujer estaba de espalda a ellos.

Las manos del ser, aparentemente humano, se movían sobre los tableros salpicados de mandos. Parecía estar muy ocupado y aún no se había percatado de que no estaba solo allí.

Mary susurró:

—Bueno, es el momento de decirle que estamos aquí, ¿no? Los dos hombres se miraron, comprendiendo que Mary les insinuaba que alguno de ellos debía ser quien bajase del palco y se presentase ante el hombre.

—¿Sois unos gallinas? —masculló Mary entre dientes—. Pues iré yo entonces.

—No, yo lo haré —dijo Alan, poniéndose visiblemente rojo.

Pero su intención de bajar por las escaleras que conducían desde el palco abajo quedó abortada cuando una voz detrás de ellos les dijo:

—Será más prudente que nadie se mueva.

Alan, a pesar de todo, giró un poco la cabeza. Vio parte de un hombre, lo que la voz ya le había hecho sospechar. Pero también había podido comprobar que estaban siendo apuntados con una pistola.

CAPITULO IV

Los dos hombres habían escuchado las detalladas explicaciones de los tres amigos en silencio. Uno de ellos era alto muy delgado y fue quien les sorprendió en el palco. Seguí sosteniendo una enorme pistola láser con la que no dejaba de apuntarles. El otro era más bajo y grueso. Lucía cuidad barba y delicado bigote que bailaba cuando de vez en cuando sonreía ante la historia que escuchaba de labios de Mary que fue la última en contar su odisea.

—No puedo creer que haya sucedido esto, Maskia dijo con voz grave el hombre

—Pues ha sucedido Lerto dijo el hombre obeso, al parecer muy divertido—, ¿qué podemos hacer con ellos?

El llamado Lerto se encogió de hombros e hizo oscilar su arma.

—Arrojarlos al espacio, pienso.

—¡Ustedes no pueden hacer eso! —estalló Mary.

—Claro que podemos, niña —rió Maskia—. Son polizones.

— Yo no soy un polizón —protestó Jeremías—. Tengo un pasaje y pienso exigir una indemnización por las, molestias que me están causando. Reclamaré a las autoridades de Intergal V y...

—Usted no reclamará nada a nadie, mi amigo —dijo Maskia. Miró a Alan—. Usted también, al parecer y según su historia, es víctima de un error administrativo, ¿no? Pero esa linda chica ha confesado que es un polizón profesional.

Alan se adelantó y dijo con decisión:

—Yo me haré cargo de los gastos que ocasione la señorita Bates.

—Un momento, Alan —dijo Mary—. Conozco muy bien mis derechos. No es la primera vez que me pescan y sé que puedo pagar mi pasaje trabajando. Sólo puedo ser penada en el mundo de procedencia. Adonde descendamos nadie puede culparme de nada.

Lerto la miró con rabia mal disimulada.

—Ah, la chica es lista. Pero yo he dicho que serán arrojados al espacio y así será.

—¡Ja! —rió Mary—. No conseguirá asustamos —entornó los ojos y añadió—: Miren y escúchenme con atención. Soy una buena conocedora de las rutas espaciales y presiento que aquí existe algo raro. Una nave de estas dimensiones no puede viajar con sólo dos navegantes. Me consta que no existen más. Sólo ustedes. ¿Qué juego se traen entre manos?

Los ojos de Lerto echaron chispas y Maskia rió con fuerza.

—Me gusta esa chica, Lerto —dijo Maskia—. Dejaremos para más tarde lo que decidamos hacer con ellos. Me caen simpáticos. ¿A ti no?

—No. Dentro de poco serán un estorbo, Maskia.

—¿Qué pasará dentro de poco? ¿Es que este viaje está a punto de terminar? —Mary arrugó el ceño—. Dudo que ustedes dos puedan aterrizar en un planeta. Es posible que despegaran de lntergal V, pero difícilmente podrán descender y...

—Cállese —la ordenó Lerto.

—Llévatelos a una estancia segura y enciérralos por ahora, Lerto —

pidió Maskia haciendo girar su sillón para enfrentarse a los mandos—. Necesito que me ayudes.

—Están locos si piensan colocar esta gigantesca nave en un planeta correctamente. ¿Por qué no me dejan ayudarles?

Ligeramente, Maskia se volvió para mirarla burlón.

—¿Es que también sabe de navegación estelar?

—Un poco. No quiero que esta nave se estrelle porque nosotros viajamos aquí. Es lógico, ¿no?

—No te preocupes, preciosa. Sólo vamos a emerger del hiperespacio por un pequeño plazo de tiempo…

—¡Maskia! —gritó Lerto—. A ellos no les interesa nada este asunto.

—Bueno, bueno. Pero llévatelos de una vez y vuelve pronto.

* * *

—¡Vaya dos tipos raros! —exclamó Mary cuando estuvieron a solas.

Alan se apartó de la puerta de acero después de haberla inspeccionado. Dijo:

—Estamos encerrados —miró a Mary—. ¿Estás segura que no hay más gente que esos dos y que no podrán hacer aterrizar esta nave?

Mary hizo un gesto de suficiencia.

—Apuesto veinte años de mi vida manteniendo lo que he dicho.

—Nuestras vidas no parecen valer mucho ahora —intervino, mohíno, Jeremías—. Están dispuestos a arrojamos al espacio.

—Eso lo veremos —dijo Mary sentándose en el suelo. En la estancia donde habían sido encerrados no había un solo mueble.

—¿Por qué estás tan segura?

—Callaos —pidió Mary—. Noto que la nave está decelerando. Salimos

del hiperespacio.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Alan—. Yo no noto nada...

—He viajado cientos de veces y conozco ese cambio casi imperceptible que experimentan los modernos navíos al entrar en el espacio normal. Es algo que pocos veteranos capitanes estelares son capaces de percibir.

Alan se sentó al lado de la chica.

—Es posible que quieran establecer una cita con alguna nave. Pero eso no alivia nuestra situación.

Ella sonrió y sacó un finísimo alambre que llevaba colocado alrededor de su bota derecha. Muy despacio lo enrolló en su dedo índice izquierdo. Movió los dedos y Alan pensó que el alambre había desaparecido.

* * *

La puerta se abrió y Lerto apareció al otro lado. Empezó a decir:

—Bueno, salid todos que...

Mary se adelantó y alzó su brazo izquierdo. De sus manos surgió un destello y el rostro de Lerto fue sacudido por un latigazo.

El hombre lanzó un gemido y cayó al suelo. Mary lo miró satisfecha mientras —volvía a enrollarse el alambre.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Alan, estupefacto.

—Es un truco que aprendí en un mundo del Borde Tercero. Este alambre está fabricado con un mineral semi vivo. Obedece ciertos impulsos telepáticos.

—¿Eres telépata?

—No, nada de eso. Cualquiera puede hacer con habilidad, después de un ligero aprendizaje, un acto como éste.

Mary se había agachado sobre el caído Lerto y le registró las ropas.

Levantó la cabeza intrigada hacia sus compañeros.

—No lleva ningún arma —musitó.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Jeremías un poco pálido.

—Vayamos al puente y obliguemos a Maskia a que nos devuelva a Intergal V.

—Eso sería llegar allí sonando toda clase de alarmas. Las autoridades acudirían en seguida y tu… —Alan apretó los labios—. Tú eres un polizón que subiste en lntergal V. Si regresas allí podrán caerte unos años de prisión.

Mary sonrió agradecida.

—Tus palabras muestran interés por mí, Alan. Gracias. Pero estoy segura de que si volvemos a Intergal con estos tipos a bordo de esta nave se levantará tal polvareda que incluso nos darán una recompensa.

—¿Qué sospechas que son Lerto y Maskia?

—Oh, nada en particular. Pero deben ser dos buenos pájaros. Vayamos al puente ahora. Aun sin arma alguna podemos obligar a Maskia a regresar a lntergal V.

Alan siguió a Mary por el pasillo. Ella parecía recordar bien el camino y poco antes de diez minutos estaban entrando en el puente.

Vieron a Maskia sentado en su sillón de mando y empezaron a bajar las escaleras. Mary estaba á punto de echar el pie sobre el suelo cuando intentó retroceder y tropezó con Alan.

Alan también comprobó entonces que Maskia no estaba allí solo. Con la precipitación usada al entrar en el puente no se habían dado cuenta que había más seres.

Surgieron de los lados de Maskia. Estaban medio ocultos por los tableros de mandos y algunas consolas, sumidos en una penumbra tibia.

Eran seres rechonchos, de DOCO más de metro y medio. Sus cabezas eran aplastadas, casi piramidales. Bajo la estrecha frente brillaban dos diminutos ojos amarillos, situados sobre una nariz ancha y aplastada, que llegaba hasta el comienzo de una boca larga, de labios finos.

Apenas tenían cuello, que parecía hundirse en el cuerpo fuerte y macizo. La piel era de color marrón subido y llena de arrugas.

Se movieron como pesadamente hacia los humanos que aún permanecían al pie de la escalera. Mary, antes que Alan pudiera contenerla, disparó al más cercano de los extraños seres su alambre semi vivo.

El que recibió el impacto se tambaleó y luego, como si hubiera sufrido un efecto retardado, cayó de espalda, sonando la caída pesadamente sobre el pavimento de metal-plástico.

Los demás seres, cinco en total, después de un segundo de vacilación, volvieron a avanzar hacia Mary. Alan la tomó por los hombros intentando protegerla. El muchacho sintió su garganta reseca y sintió pánico ante el amenazador aspecto de los seres.

Maskia saltó de su sillón y dio unos pasos.

—¡Quietos! No les hagáis daño.

Los seres se detuvieron y Maskia dijo a los jóvenes con enfado:

—¿Estáis locos? Los darkas pueden despedazaros con sus manos, sin necesidad de usar las pistolas láser.

Y Alan se fijó entonces en las manos de los llamados darkas por Maskia. Eran enormes, con cuatro dedos gruesos y más de cinco o seis articulaciones. El pulgar era el triple del de un humano corriente.

—¿Qué son ésos? —preguntó Mary que no parecía haberse asustado demasiado, según apreciación de Alan.

—Eso no nos importa ahora. ¿Dónde está Lerto?

Una voz desde el palco hizo que se volvieran todos.

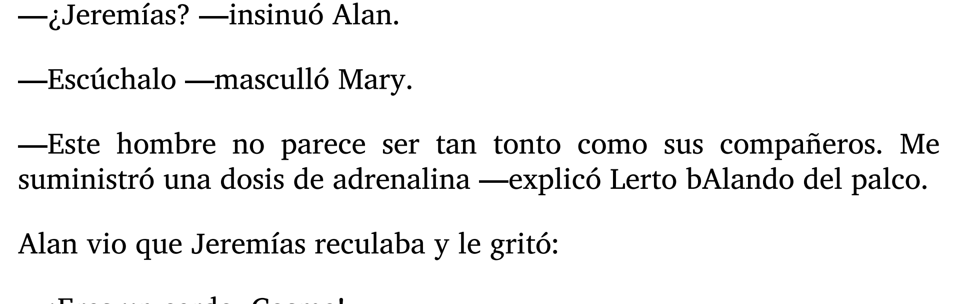
—Aquí, Maskia. —Era Lerto, que se apoyó en la baranda y miró con odio a la chica—. Esa bruja me lanzó una serpiente viva a la cara. ¡Deberíamos matarla! Y a sus compañeros también.

—Cálmate, Lerto —pidió Maskia con una sonrisa—. Pueden servimos de ayuda. ¿Qué hace el otro polizón contigo?

Alan y Mary miraron con asombro a su compañero. Ella susurró:

—De un golpe de alambre un hombre no puede despertarse tan

pronto. Tienen que reanimarlo.



—¿Jeremías? —insinuó Alan.

—Escúchalo —masculló Mary.

—Este hombre no parece ser tan tonto como sus compañeros. Me suministró una dosis de adrenalina —explicó Lerto bAlando del palco.

Alan vio que Jeremías reculaba y le gritó:

—¡Eres un cerdo, Cosme!

Lerto pasó por su lado y le reprendió:

—Cállate. ¿Es que aún no te has percatado de que tu vida pende de un hilo, maldito seas? No fui a buscaros para arrojaros al espacio como habría sido mi deseo, sino porque Maskia quiere haceros una propuesta. Pero aún podemos cambiar de opinión, al menos contigo.

—Calma, amigo, calma —dijo Maskia reconciliador, con su constante sonrisa flotando en su obeso rostro—. Nuestros queridos aliados darkas pueden hacerse cargo de la nave momentáneamente. Estamos de nuevo en el hiperespacio y dentro de dos días estaremos definitivamente en nuestro destino. ¿Por qué no vamos al comedor y charlamos amigablemente mientras comemos y tomamos unas copas?

Mary miró de reojo a los darkas, que permanecían impasibles a la conversación de los humanos.

—¿Ustedes salieron del hiperespacio para recoger a estos monstruos?

—Sea prudente, hermosa —sonrió Maskia—. Ellos entienden y hablan nuestra lengua. No los menosprecie, por favor.

—¿De dónde son? Nunca he visto seres semejantes en la Galaxia...

—¿Por qué habrían de ser de la Galaxia conocida? —rió Maskia—. Nuestras naves apenas han cubierto una millonésima parte. ¿Qué sabemos de lo que existe más allá de las fronteras conocidas?

Maskia se volvió y dijo a los darkas que ellos debían ocuparse de vigilar los mandos.

Los seres asintieron y uno de ellos replicó acatando la orden del humano, al parecer muy contento ante el trabajo encomendado.

— Ya está listo. Pueden realizar trabajos sencillos.

—¿Son idiotas? —preguntó Mary.

—No exactamente, pero sus mentes no son brillantes.

A una indicación de Maskia salieron del puente. Mientras se dirigían hacia el comedor, Mary volvió a preguntar:

—Han dicho que son sus aliados. ¿Para qué sirven si no son poseedores de una inteligencia media?

Maskia se encogió de hombros y replicó sencillamente:

—Porque son los mejores guerreros del Universo.

CAPÍTULO V

Fueron conducidos a unas dependencias que durante la exploración que efectuaron buscando comida o alguien a quien hablar, no habían descubierto. Eran las habitaciones que ocupaban Lerto y Maskia. Allí había una clave de alimentos servida por tres robots. Mientras los seres mecánicos disponían una pantagruélica comida supervisada por los dos hombres, al parecer los dueños de la nave, Alan se llevó a Jeremías a un rincón y le susurró, aún furioso:

—¿Cómo se te ocurrió reanimar a Lerto? Cosme devolvió a Alan la mirada furiosa.

—No soy tan idiota como piensas. Al marcharos me puse a pensar por qué Lerto no había acudido a buscamos con su pistola. Quien piense echar a unas personas al espacio no está desarmado, ¿no? El golpe que le causó el alambre semivivo de Mary le había dado en un punto sensible de su cuello —sonrió con orgullo—. Sé algo de esos golpes científicos y le di un masaje. .

—Eres condenadamente listo, lo admito —masculló Alan—. ¿Por qué no nos dijiste eso antes de marchamos?

—No estaba muy seguro, la verdad.

—Aún no estoy seguro si puedo fiarme de ti. .

—Creo que tú y yo, incluyendo a Mary, deberíamos confiar en esos dos tipos.

—¿En Lerto y Maskia? No les prestaría un solo crédito.

—¿Qué piensas que son?

—Dímelo tú.

—¿Cómo voy a saberlo? Han dicho que querían hacemos una propuesta. Tal vez sea interesante...

—Mira, Jeremías; esos dos elementos deben ser de cuidado y lo que estén haciendo no puede ser un negocio limpio. Nunca oí hablar de los darkas y tampoco en mi vida he visto seres semejantes. Su aspecto es amenazador.

—En la Galaxia los hay más monstruosos.

—Sí, de aspecto, pero que luego resultan tener un alma de niño —Alan meneó la cabeza. Estaba hecho un mar de dudas, sin saber qué pensar que pudiera resultarle lógico.

Miró a Mary, que cerca de la mesa observaba cómo los robots iban disponiendo los platos que sacaban de la clave. La carne humeaba y los pescados ofrecían un aspecto maravilloso en sus bien dispuestos platos.

Un robot colocó unas botellas de vino y Maskia se volvió para mirarlos, diciendo:

—Amigos, la cena está dispuesta.

—¿Cena? —sonrió Alan dirigiéndose hacia la mesa—. Hace tanto tiempo que no he comido que ya no recuerdo si desayuno o ceno.

—Pues yo tengo suficiente hambre para almorzar y cenar al mismo tiempo —rió Jeremías tomando asiento en una de las cinco sillas.

Maskia invitó a Mary a acomodarse entre él y su camarada.

Alan, frente a la muchacha, intercambió con ella una mirada que quiso fuera de complicidad, pero Mary le respondió con un encogimiento de hombros indicando que no sabía interpretar su gesto.

Durante unos minutos no hablaron una sola palabra. Comieron y bebieron en total silencio. Maskia escanciaba vino apenas una copa se quedaba semivacía.

Alan tuvo que reconocer: —La comida es exquisita.

—Gracias. Elegimos bien los alimentos y los robots —agradeció Maskia lo que parecía ser para él un cumplido—. Particularmente puedo pasar sin un cómodo lecho, pero moriría sin manjares de primera calidad. ¿Qué les parece el vino?

—De Orión VI, ¿no? —preguntó Mary paladeando un sorbo.

—¡Exacto! —exclamó Maskia—. Hace cinco siglos llevaron allí unas cepas y obtienen un maravilloso vino —se volvió a los hombres—. ¿Son ustedes tan buenos catadores como esta preciosa chica?

—Mi sueldo no me permitiría adquirir una sola botella en un año —gruñó Jeremías.

—Siento encontrarme en la misma situación —se lamentó Alan.

La sonrisa de Maskia se esfumó y miró a ambos detenidamente.

—Lo que voy a proponerles puede solucionar su precaria situación económica para siempre.

Luego posó sus ojos en Mary, añadiendo:

—Y usted, linda, podrá dejar de viajar como polizón por el espacio. Tendrá tanto dinero que no dispondrá de los años suficientes para gastárselo viAlando en camarotes de lujo. E incluso podría adquirir para su uso personal un yate de medio kilómetro de eslora.

Lerto dejó de comer y también observó a los tres huéspedes de la nave. Estaba muy serio y despacio sacó un cigarro que encendió.

A una señal de Maskia, un robot acudió llevando una bandeja con copas llenas de un líquido oscuro.

—Coñac —dijo Maskia—. Legítimo de la Tierra.

—¿Qué nos propone, Maskia? —preguntó Alan tomando la copa. Nunca había probado el coñac y después de catarlo se lamentó no haberlo hecho antes.

—Dentro de poco llegaremos a Darka —dijo Maskia—.

No me digan que nunca han oído hablar de ese planeta porque es obvio. En realidad nadie excepto Lerto y yo lo conoce en la Galaxia explorada. Darka es el único planeta de la estrella Purtonli, a unos trescientos millones de años luz de la Tierra.

Nadie ha ido tan lejos —dijo Mary.

—Efectivamente —asintió Maskia—. Hace dos años Leno y yo teníamos una línea regular de transporte. Los negocios iban mal y tuvimos que reemplazar a unos pilotos si no queríamos perder unos millones de créditos en un negocio. Pero nuestra nave, un viejo carguero, sufrió una avería de orientación y nos sumergimos en un agujero negro. Salimos al otro lado y nos asustamos al encontramos en un espacio desconocido. Era un sol rojo, viejo y grande: la estrella Purtonli. No teníamos otro remedio que descender al único planeta que vimos para reparar las averías.

»Era el planeta Darka y allí entramos en contacto con sus habitantes. Lamentablemente nuestro encuentro con los darkas fue violento. Nuestra tripulación murió a manos de los nativos. Los darkas son violentos, guerreros natos. Sólo quedamos Leno y yo. Afortunadamente pudimos demostrar que habíamos llegado en son de paz y celebramos una reunión con los líderes darkas.

»En unos días aprendimos su escueto idioma y ellos aprendieron nuestra lengua. Conocimos su historia y problemas.

»En Darka vivieron hace muchos años, tal vez más de mil, dos razas. Una, la darka, seres primitivos que sólo evolucionaron gracias a la asistencia de los humanos que con ellos compartieron Darka hace muchos miles de anos.

»Los humanos eran pacíficos y siempre habitaron en las zonas más templadas y siempre procurando no inmiscuirse con las guerras eternas de los darkas. Cuando la evolución tecnológica alcanzó el grado suficiente que convertía el planeta en reducidas dimensiones la situación se hizo insostenible para los humanos, hasta el punto que decidieron abandonar el planeta.

»Los humanos ya dominaban los viajes por el espacio y habían alcanzado las estrellas cercanas mientras que los darkas apenas lograban llegar unos asteroides cercanos, siempre buscando minerales que precisaban para sus armas y constantes guerras. Ansiaban los continentes de los humanos y ya habían comenzado a invadir algunos.

»EI problema para los humanos era que las estrellas cercanas carecían

de planetas aptos para ellos. Entonces decidieron construir planetoides artificiales en la estrella Kabarga, a unos cinco años luz de Purtonli. Presumían que era suficiente distancia para que los darkas nunca llegaran hasta ellos y les dejasen vivir en paz para siempre.

—¿Es que los darkas no tenían medios para llegar también a la estrella Kabarga? preguntó Alan.

—No. Desconocían la velocidad superlumínica —replicó Maskia—. Los humanos que formaban el pueblo llamado Damish, nunca habían permitido que los darkas accedieran a semejante secreto.

—¿Los darkas no disponían de tecnología propia? —intervino Mary.

—Sus mentes no son creativas. Son excelentes copiadores, nada más. Cuando los damishitas efectuaron sus primeros vuelos por el espacio cercano, lograron capturar unas naves y rn unos meses las reprodujeron. Para los damishitas supuso un toque de atención, y se volvieron más reservados.

»La gran migración de Damish se efectuó en secreto.

Construyeron sus planetoides alrededor de Kabarga y ante el estupor de los darkas se largaron en un tiempo increíblemente corto. Eso fue hace un milenio. El pueblo Damish era poco numeroso y escaparon de Darka, y dejaron chasqueados a los belicosos darkas.

»Sin los damishitas, los darkas no evolucionaron. Ocuparon el resto de las tierras del planeta y durante siglos lucharon entre sí, expoliando las riquezas del mundo contaminando su atmosfera aceleradamente. Pero un día surgió un guerrero, Kol-Er, que consiguió unir las distintas facciones y hacer ver a los líderes que Darka estaba condenada a la muerte y envenenamiento del aire, si no cesaban en sus guerras y buscaban una solución.

—¿Y encontraron esa solución? Maskia asintió.

—Sí. Pensaron los darkas que debían salir del planeta, pero no podían hacerlo con sus toscas naves que apenas podían ir más allá de la órbita más alejada del asteroide más distante del Sol. Necesitaban del saber de los damishitas, pero éstos están muy lejos de su alcance, viviendo plácidamente en sus confortables planetas artificiales, y para quienes el recuerdo de los darkas era algo que casi ya pertenecía a la leyenda.

»Entonces llegamos nosotros, cuando los darkas estaban desesperados y la unión conseguida por Kol-Er a punto de romperse. Al principio

quisieron quitarnos nuestro carguero y copiarlo. Pero nosotros les dijimos que aquel trasto no les serviría para nada, que en nuestra Galaxia existían enormes navíos de tres kilómetros de largo.

—Formaron una alianza con esos seres —susurró Mary, indiferente.

—Sí. Lerto y yo no teníamos un crédito y les dijimos que precisábamos efectivo. Sabíamos lo que hacíamos, porque en Darka abunda el oro, que allí usan para las conducciones eléctricas. Volvimos a la Tierra con el suficiente para adquirir esta nave, el modelo ideal para los planes de los darkas.

—Planes de guerra —dijo Alan cruzando los brazos.

—De supervivencia, amigo —dijo Lerto de mala gana—.

En unos años el planeta Darka será inhabitable. Esos seres precisan emigrar a otros mundos

—¿Por qué no pidieron ayuda a los damishitas? —preguntó Mary.

—Lo hicieron. Enviaron un mensaje al pueblo Damish contándole sus problemas y no obtuvieron respuesta.

—Tal vez los damishitas temían ser atacados...

—¡Qué tontería! —exclamó Lerto—. Los darkas sólo quieren mundos donde poder vivir. Apenas a diez o doce años luz de Darka existen sistemas planetarios con mundos adecuados para ellos.

—¿Y qué pintamos nosotros aquí, en este plan? —preguntó Alan, y de soslayo observó que Mary asentía. Tal vez era la pregunta que a ella le habría gustado hacer.

—Nuestro plan era muy complicado y no podíamos fiarnos de nadie. Con el oro que llevamos a la Tierra fundamos una nueva compañía y con este permiso adquirimos esta nave, en efectivo. Pero el problema era ponerla en el espacio. Alquilamos un muelle en Intergal V y solicitamos permiso para un viaje de prueba. Fue entonces cuando ustedes embarcaron debido a un lamentable e increíble error.

—Su alejamiento de Intergal V es ilegal entonces, ¿no? —preguntó Jeremías.

—Si, pero eso no importa. Para todos los efectos esta nave se perderá en el espacio. Nosotros volveremos algún día a la Tierra, tomaremos

nuevas personalidades y dispondremos siempre de una inmensa fortuna en uno de los mundos libres del Borde, donde la Tierra no posee jurisdicción.

—¿Pero para qué les servimos nosotros? Ustedes han hecho solos lo más difícil…

—Nuestro problema fue que no podíamos confiar en nadie en la Tierra ni en ningún mundo de la Galaxia. Corríamos el riesgo de no ser creídos o denunciados a las autoridades a cambio de una recompensa. Con ustedes será distinto. Tienen que creemos y los tres son ambiciosos. Cuando lleguemos a Darka, Lerto y yo precisaremos gentes inteligentes que sean capaces de ayudarnos a suministrar datos a los computadores que transportamos y que facilitará a los darkas la fabricación de cientos de miles de naves semejantes de éstas.

—¿Qué recibiremos nosotros a cambio?

—Todo el oro que quieran. Dentro de unos meses, cuando los darkas tengan iniciada la construcción de naves en serie, regresaremos a la Tierra a bordo de este mismo navío, que habrá servido de prototipo, rebosante de oro. Lerto ha pensado en el Séptimo Mundo Libre para depositar el oro. Habrá tanto que incluso llegaremos a sentir asco de él.

Mary exhaló un suspiro. Sonrió a sus compañeros. Jeremías también empezó a sonreír, pero Alan permaneció dubitativo.

—Hace poco Lerto quería arrojamos al espacio exterior —dijo mirando al hombre alto y delgado—. ¿Qué garantías tenemos de que cumplirán ustedes su palabra?

—Todas. Paradójicamente —dijo Maskia— el mineral que sobra en Darka es el oro. Por el contrario escasea el hierro, que han de importarlo de los asteroides cercanos, los cuales han desmantelado ya prácticamente. ¿Quieren cien, mil toneladas de oro? ¡Todo lo que quieran! Incluso dejaremos en Darka miles de toneladas, que no podremos gastar ni viviendo diez veces más.

—¿Y cumplirán los darkas con lo pactado?

—Estoy seguro —asintió Maskia—. Son seres violentos, pero con gran sentido del honor. Cumplirán lo prometido. Desprecian el oro.

—También es extraño que esos seres hayan subido a bordo a mitad del camino. ¿Por qué? ¿No decían que carecían de naves capaces de viajar

por el hiperespacio?

—Y así es. Los darkas que han subido nos esperaban desde hacía tres meses en una sección del viejo carguero. Les dejamos ahí porque íbamos a precisar su ayuda para poder bajar esta enorme nave en la superficie de Darka. ¿Está satisfecha ahora su curiosidad?

Alan asintió. Mary se levantó alzando una copa en su mano derecha.

—Brindemos por nuestra futura cooperación.

Jeremías hizo lo mismo en seguida y Alan, suspirando, hizo chocar su copa con las de los demás con poco entusiasmo.

—No se arrepentirán —aseguró Maskia.

—Espero que nosotros tampoco de aceptarlos —añadió Lerto lúgubremente. Y bebió de un trago el coñac.

CAPÍTULO VI

El darka pasó delante de ellos, bamboleante. Le siguieron con la mirada hasta que entró en el camarote que usaban.

—Son horribles —dijo Mary.

—Totalmente de acuerdo. Me pregunto si es justo que emigren a un planeta deshabitado para que en pocas generaciones lo destrocen.

—¿Como han hecho con el viejo Darka? —preguntó Mary a Alan.

—Sí. Aún no lo he visto, pero creo que Darka está convertido en una pocilga. Maskia ha dicho que allí deberemos usar máscaras de oxígeno. Los darkas están un poco acostumbrados a respirar un ponzoñoso ambiente, pero para nosotros sería peligroso a largo plazo.

Ella echó a caminar y Alan la siguió.

—¿Te sientes contento al saber que dentro de poco serás inmensamente rico?

Alan se encogió de hombros. Irónico, dijo:

—Supongo que me vendrá bien, porque seguramente los rectores de mi compañía en estos instantes me habrán despedido.

—Tu familia te recibirá con los brazos abiertos y podrás darle todo lo que quiera…

—Eh, no corras. No tengo familia.

—¿Alguna vez estuviste casado? —preguntó ella sin mirarle.

—No. Nunca me paré a pensar en casarme.

Alan la tomó de un brazo y la hizo girar, mirándola a los ojos.

—Es hora de que hablemos de ti. ¿Qué hacía una chica como tú dando tumbos por el espacio? No tengo más remedio que preguntarme cómo te las arreglabas algunas veces para pagar techo y comida…

Mary se mordió el labio, apretó los puños y dijo pausadamente.

—Nunca me he prostituido. Si me he acostado con alguien fue porque me gustó. ¿A qué viene eso, Alan?

—Perdóname —pidió Alan poniéndose rojo—. No debí haberte dicho tal cosa.

—Entonces, ¿por qué lo has…?

—Demonios, Mary. Es sencillo. Porque me gustas, porque me parece que me estoy enamorando de ti.

Ella soltó una carcajada y Alan asintió.

—Sí, merezco que te rías de mí. Soy un cretino.

—Oh, cállate. —y Mary le puso un dedo en la boca para impedirle seguir hablando—. ¿Desde cuándo crees que estás chiflado por mí?

—Desde que te vi en la piscina.

—¿Porque estaba desnuda?

—Simplemente porque fue la primera vez que te vi. Parecías una sirena surgiendo del agua.

La tomó por los hombros y la besó.

—Creo que hay un camarote vacío por ahí —dijo Alan.

—En esta nave hay miles de camarotes vacíos —rió Mary—. Pero no te acompañaré a ninguno.

—Vamos, Mary.

—No quiero que te figures que soy una chica fácil —le hizo un mohín para que se fastidiara y caminó hacia el puente de mando.

Antes de llegar a él, añadió:

—Además, dentro de unas horas llegaremos a Darka. A mí me gusta hacer el amor tranquila y dentro de poco Maskia nos llamará para que le ayudemos en las maniobras. Creo que no se fía demasiado todavía de sus aliados darkas para el aterrizaje.

Alan resopló, resignado. Se dijo que se lo había merecido.

—Recuerda que los darkas también son ahora nuestros aliados, no sólo de Lerto y Maskia:

—Estoy deseando que todo termine y estar de nuevo en un planeta civilizado. Tiemblo al pensar cómo lo pasaremos en Darka, con tantos nativos. Esos tipos huelen hasta mal...

—Será poco tiempo. Maskia asegura que los darkas aprenden rápido.

—¿De veras? Pues no han aprendido a conservar el equilibrio ecológico en su mundo. Son unos cretinos. Me pregunto cómo serán los seres que abandonaron el planeta a tiempo. ¿Serán realmente humanos como afirma Maskia?

—No lo sé. De todas formas demostraron inteligencia al dejar a esos bárbaros destruir su mundo.

Alan descendió hasta el nivel del puente, pensativo. Tres o cuatro darkas trabajaban en las consolas de menor responsabilidad, con entusiasmo. Maskia y Lerto ocupaban dos sillones frente a los mandos.

—Ah, nuestros jóvenes colaboradores —dijo Maskia al oírlos—. Habéis llegado a tiempo. Estamos a punto de salir del hiperespacio. Pronto tendremos a la vista Darka.

Lerto gruñó entre dientes algo incomprensible, añadiendo:

—No os gustará. Sentaros en esos sillones y vigilad la pila de plasma y el nivelador temporal. No me fío mucho de esos brutos —indicó con un gesto a los ocupados darkas—. Espero que realmente aprendan a manejar estas naves a medida que las vayan construyendo. De todas formas no me gustaría hacer un viaje con ellos.

Al poco rato entró Jeremías. Dijo a Maskia:

—He comprobado la tensión energética en todos los niveles de la nave y están correctos.

—Magnífico —asintió el hombre gordo—. Echa un vistazo a esos

darkas, que no cometan ningún error.

—Eh, tengo que recordar que yo no soy ningún experto en navegación.

—Eso ya lo sé, pero lo que quiero que hagas lo podría realizar un niño humano de cinco años.

Con cierta aprensión, Jeremías se acercó a los darkas. Un momento más tarde la nave salió del hiperespacio y Maskia encendió la pantalla gigante. Después de enfocarla y aumentar al máximo su potencia amplificadora, apareció una esfera de color terroso rodeada de espesas nubes.

—Darka —dijo—. La cloaca del espacio.

Detrás de los humanos sonaron voces guturales. Los darkas parecían celebrar la visión de su mundo natal. Lerto añadió con sorna:

—Están emocionados, los muy cerdos. Me pregunto qué sentimientos pueden existir en sus rudimentarios cerebros.

—Ten cuidado con lo que dices —le previno Maskia, susurrante—. Conocen nuestra lengua y son muy suspicaces.

Suspiró y dijo solemnemente:

—Bien, allá vamos. Recemos para que ese puré de guisantes no haya empeorado desde la última vez que estuvimos allí.

* * *

Terminando de comer un emparedado, Lerto se acercó a la ventana panorámica. Allí estaban Jeremías, Mary y Alan. Mirando el desolado paisaje que se extendía al otro lado del grueso cristal, dijo:

—Es lo más horrendo del universo, sin duda. Creo que hace mucho tiempo los primitivos terrestres estuvieron a punto de destruir la Tierra con su alocado sistema de vida y guerras locales. Todo lo emponzoñaban y contaminaban; pero supieron reaccionar a tiempo y salvaron lo que parecía iba a ser imposible.

—Conozco la historia —dijo Mary reclinando su cabeza sobre el

hombro de Alan—. La Tierra aún sigue siendo el planeta más hermoso del Cosmos.

—Eso no es cierto —protestó Jeremías—. Los hay mejores y…

—Pero la Tierra siempre será la cuna de la Humanidad.

—Bah, La Galaxia está repleta de razas inteligentes y muchos mundos con aborígenes humanos.

Alan se acercó al cristal y apoyó en él las manos. Contempló una llanura inmensa y la ciudad darka se extendía por todas partes, con sus feos edificios grises, calles estrechas y niebla que se desgarraba alrededor de las agujas de los rascacielos. Sobre aquel paisaje abrumador se cernía un cielo cubierto de nubes oscuras, sucias.

Algunos vehículos aéreos sobrevolaban las zonas industriales y barrios donde se hacinaban millones de darkas.

—Patrullan constantemente —informó Lerto.

—¿Por qué? ¿Es que ahora no están en paz y colaboran estrechamente para escapar de esta podredumbre? —preguntó Mary.

—Así es —Lerto se encogió de hombros—. Lo he preguntado y no me han respondido por qué siempre están vigilando. Incluso disponen de muchas naves orbitando Darka. Es como si temieran un ataque imprevisto. Pero creo que son desconfiados por naturaleza y estos años de paz no les gusta realmente; echan de menos las batallas.

Se apartaron de la ventana y se reunieron alrededor de una mesa. Maskia estaba sentado allí, sacando unas máscaras de una caja.

— Tenéis que usarlas siempre que salgáis al exterior —explicó entregando una máscara a cada uno—. Son muy eficaces y filtrarán ese aire enrarecido adecuadamente. Incluso deberéis llevar gafas para que no sintáis irritación en los ojos.

Alan se probó la máscara y pensó que no resultaba incómoda.

—¿Qué tal marchan los trabajos? —preguntó sujetándosela al cinturón.

—Bien por el momento. Mediante la programación de los computadores los darkas están desguazando la nave. Reproducirán todas las piezas y antes de dos semanas comenzarán a ensamblarlas.

— TrabAlan aprisa esos tipos —admitió Jeremías.

—No les queda otro remedio —suspiró Maskia levantándose—. Están reuniendo en esos enormes astilleros todo el mineral que disponen. Incluso desmantelan edificios y puentes para obtener acero. También tienen problemas para obtener energía radiactiva para producir electricidad. Al parecer ya han saqueado los pequeños asteroides cercanos. Es una desesperada carrera contra reloj. Según los cálculos más optimistas, antes de un año este mundo será totalmente inhabitable incluso para unos organismos tan fuertes como los que disponen los darkas.

—No me hace mucha gracia que desmantelen nuestra nave —dijo Alan frunciendo el ceño—. ¿Qué sería de nosotros si los técnicos darkas son incapaces de volverla a montar?

Maskia soltó una carcajada.

—Es que nosotros no volveremos a la Tierra o algún mundo libre del Borde en la misma.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mary poniendo los brazos en jarra.

—Nos construirán una nave cuyo fuselaje será de oro totalmente. Es una precaución necesaria para el caso de que seamos detenidos por alguna nave aduanera de la Galaxia. Calculo que transportaremos unos cinco o seis millones de toneladas de oro.

Jeremías lanzó un silbido de asombro.

—Podremos desequilibrar el mercado...

—No, porque venderemos el oro lentamente. Confiad en mí, chicos. Lo tengo todo bien calculado. Ahora debemos salir. Afuera tenemos un coche a nuestra disposición.

—¿Adónde vamos? —preguntó Alan.

—Kol-Er nos espera. Ah, debo recordaros que él habla bastante bien nuestro idioma y es un hombre de una inteligencia por encima de lo normal en esta raza. Debéis llamarle Protector, que es el título que se otorgó cuando se convirtió en el dueño absoluto de este planeta.

* * *

Las calles de la ciudad ofrecían un aspecto tan deplorable como la visión desde la ventana. La suciedad imperaba por todas partes y las hembras y niños darkas se movían rápidamente, sorteando los vehículos militares que escoltaban convoyes cargados de material.

El vehículo lo conducía un silencioso darka, que sólo hablaba de vez en cuando en su lengua gutural para imprecar a los peatones que se hacían los remolones ante su proximidad.

—El palacio del Protector está cerca. Es un antiquísimo edificio que una vez perteneció a los damishitas. Debió ser muy hermoso, pero ahora es una ruina —explicó Maskia—. De todas formas algunas dependencias están habitables aún. Yo me hospedé allí la primera vez que estuvimos en Darka. Kol-Er ordenó construir unas habitaciones con aire adecuado para nosotros. Nuestra atmósfera es tolerada por los darkas, aunque no parecen sentirse muy a gusto en un aire limpio y rico en oxígeno. Se han habituado a la mierda —concluyó con una carcajada.

Ante los gestos de tensión de los tres jóvenes, Lerto añadió:

—No preocuparos por el conductor; es un palurdo y aún no conoce una sola palabra de nuestro idioma.

— Todo el planeta está movilizado para la construcción de miles de naves como la que les hemos traído como muestra. Por eso existe tal superpoblación ahora en esta ciudad, que de todas formas es la mayor de Darka. Pero los darkas no suman demasiados millones actualmente, porque desde hace tiempo impusieron los líderes un férreo control de natalidad.

El vehículo se detuvo con un chirrido de frenos. Los humanos se pusieron las mascarillas y bajaron. Se encontraban delante de un edificio enorme, casi un palacio. Tal como había dicho Maskia, mucho tiempo atrás debió ser un hermoso palacio, pero ahora la suciedad y el abandono lo había cubierto de una gruesa capa de mugre. Delante de la ostentosa entrada, varias docenas de soldados darkas montaban guardia. El oficial se dirigió a los recién llegados y les saludó con desgana, indicándoles que entrasen. Una escolta de honor les acompañó hasta el interior, a presencia del Protector Kol-Er.

CAPÍTULO VII

El primitivo edificio donde fueron alojados los humanos se dedicó a estudio, debido a su proximidad a los astilleros. Allí trabajaban supervisando el proceso de construcción de las primeras naves gigantescas y controlaban los datos del computador que vigilaba el febril trabajo de los darkas, pero que no podían ser dejados de observar para evitar cualquier desaguisado.

Después de la primera entrevista con el Protector, los humanos fueron invitados por Kol-Er a vivir en el palacio, precisamente en las habitaciones que fueron preparadas para Maskia y Lerto en su primera visita al planeta.

Eran unas habitaciones amplias y realmente decoradas con cierto lujo. Disponían de puertas estancas en todas las estancias y un sistema de dobles compuertas al final de la sección habilitada. Allí fueron llevadas todas las pertenencias personales y las reservas de comida que habían transportado en la nave, ya que el alimento de los darkas, compuesto de algas y unos tubérculos insípidos eran incomestibles para los seres humanos.

—Desde hace siglos padecen problemas con la alimentación. Los mares y lagos comenzaron a secarse unos y a pudrirse la mayoría. Sólo conservan algunos ríos y charcas donde cultivan esas algas de color repugnante. Su alimentación básica está compuesta por ese correoso tubérculo que apenas consiguen hacer crecer en las tierras menos contaminadas —contó Maskia una noche después de un duro trabajo en los astilleros.

Terminaban la cena, que desde que abandonaron la nave y la asistencia de los robots, se había convertido en anodina y vulgar, muy a pesar de Maskia.

Pero disponían de una buena reserva de coñac terrestre y Alan no desperdiciaba ningún momento para saborearlo.

—Creo que los darkas deberían enviar al mundo elegido para la inmigración unas naves con brigadas especializadas para que fueran preparando el terreno para cuando se produzca la llegada masiva —dijo.

Maskia se encogió de hombros.

—Ese será su problema. Nosotros cobraremos antes que la salida de Darka se produzca. La construcción de nuestra nave va muy adelantada. Según los pactos debe ser la primera en ser concluida.

Mary jugueteó con su copa, sin haber probado aún una gota.

—Por el momento Kol-Er está cumpliendo a la perfección, pero…

—Eres muy desconfiada, Mary —rió Lerto.

—Esta mañana en el astillero he visto algo que me ha dejado sorprendida.

—¿Qué es?

—No estoy segura, pero creo que los darkas están introduciendo modificaciones en las naves.

—¡Eso es imposible! Esos cerebros de mosquito carecen de iniciativa —dijo Maskia soltando una carcajada. Echó un vistazo a su reloj y se levantó con nerviosismo—. Dios mío, olvidaba que Kol-Er nos espera.

Alan arrugó el ceño.

—¿Qué quiere ahora ese tipo?

—No lo sé. Ya sabéis que a veces le gusta reunirse con nosotros y charlar mientras él toma su infusión de hierbas.

—Droga. Yo creo que es una droga —apuntó Jeremías.

—Es posible. Pero eso no nos importa. Su ayudante me repitió varias veces que la reunión de esta noche revestiría mucha importancia.

—Preferiría quedarme —dijo Mary bostezando—. Estoy muy cansada.

—Kol-Er podría ofenderse —protestó Jeremías.

—Le diremos que estaba indispuesta —dijo Maskia quitando trascendencia al asunto. Iremos nosotros cuatro.

Alan estuvo a punto de decir que él también se iba a quedar en la sección del palacio destinada para ellos, pero desistió porque estaba seguro de recibir una negativa de Maskia. Que dos humanos faltasen a la invitación del Protector podría significar una grosería.

Mary besó a Alan y le dijo que ella le esperaría despierta, leyendo un

libro.

—Fuera de las habitaciones con atmósfera terrestre les esperaba un criado de Kol-Er que les condujo a través de unos pasillos hasta el estudio del Protector.

Kol-Er se levantó al verlos entrar y se dirigió a ellos luciendo su extraña sonrisa.

—Ah, mis amigos los humanos. Saludos a todos —sentaos, por favor.

Alan fue el último a quien el Protector, usando la costumbre terrestre, estrechó la mano. Maskia se apresuró a excusar la ausencia de Mary, pero el Protector no pareció darle importancia.

Un criado trajo una vasija humeante y Kol-Er se sirvió una buena cantidad de la infusión en una copa de metal. Llevándosela a los labios, dijo con su tono gutural:

—Deberían probar esto, mis amigos. Pero sé que tal vez sus débiles estómagos no lograrían asimilar lo que para nosotros es relAlante y vital para una buena digestión.

Se acomodaron alrededor de una mesa pequeña y baja, en mullidos almohadones. Los criados se retiraron y sólo presintieron la presencia de algunos soldados al otro lado de los gruesos cortinajes.

Durante un rato Maskia y el Protector charlaron acerca de la marcha de los trabajos, Kol-Er se interesó vivamente por que la nave de oro de los terrestres estuviese ya casi terminada.

—El metal que ustedes llaman oro —rió Kol-Er—. Bah, es blando, y sólo sirve para conducciones. Abunda en Darka, demasiado. Mejor hubiera sido hierro, cromo, uranio, etc… Celebro que les sirva.

Kol-Er solía a veces, en aquellas reuniones, lanzar largos monólogos. Dominaba bastante la lengua humana y parecía sentir cierto placer en demostrarlo a sus invitados.

—Sí, su nave estará lista mañana o pasado mañana, según me han informado. Pero ustedes aún tienen que trabajar algún tiempo más, ¿no?

Maskia se apresuró a asentir.

—Desde luego. Antes de marchamos queremos que los pilotos darkas

sean unos expertos en el manejo de las naves.

—Ah, sí. Ya se están haciendo pequeños vuelos con las naves terminadas —dijo Kol-Er.

—Naves que se sitúan en órbitas alrededor de Darka y no regresan, Protector —apuntó Alan.

—¿Para qué deben descender de nuevo? Así ahorramos energía. Nosotros disponemos de las viejas naves para llegar hasta esas enormes y maravillosas astronaves que nos llevarán a… uh, las estrellas, a nuestra futura patria.

—¿Realmente esas naves fueron diseñadas por los damishitas, señor?

Maskia le dirigió una mirada reprobadora y Lerto emitió una sonrisa amarga. Alan comprendió que había cometido un grave error nombrando al pueblo Damish en presencia del Protector.

Pero Kol-Er pareció encajar bien lo que para un darka podía significar un insulto. Bebió otro sorbo de la infusión y replicó:

—Sí. Pero eso fue hace mucho tiempo. Difícilmente hemos podido mantenerlas en funcionamiento.

Una respuesta vaga, pensó Alan. De todas formas se alegró que el Protector no manifestase ninguna contrariedad.

La reunión discurrió normalmente, hasta que un oficial penetró en Ia estancia y se inclinó delante del Protector. Con rapidez habló, con voz tan ronca que Maskia frunció el ceño al no poder captar el más mínimo significado.

Kol-Er se incorporó de un brinco y sus huéspedes hicieron lo mismo.

—Ha surgido una emergencia, amigos míos —dijo el Protector—. Les ruego me esperen unos instantes; intentaré regresar cuanto antes.

Salió de la estancia con rapidez, seguido del oficial. Una vez a solas, Alan manifestó su deseo de regresar a sus habitaciones. Dijo que la mascarilla le molestaba un poco.

—No —dijo Lerto—. Cuando regrese Kol-Er debemos estar todos aquí.
.

Pero transcurrió más de una hora y el Protector no regresó.

Entonces llegó un criado y les dijo que podían retirarse, ya que el asunto que había demandado la presencia del Protector le impedía retornar a la grata presencia de sus huéspedes.

De regreso a la sección con atmósfera humana, cada uno se retiró a su respectiva habitación. Alan entró en la que compartía con Mary y se sorprendió al hallarla vacía. Recorrió las estancias adyacentes y estuvo a punto de llamar a sus compañeros informándoles de lo sucedido: Pero desistió y volvió al dormitorio, sentándose intranquilo en la cama.

Mary llegó unos diez minutos después. Estaba muy seria y algo pálida.

—¿Dónde demonios has...? —empezó a preguntarle Alan. Ella agitó su cabellera y apretó los labios.

— Llama a Maskia.

—¿Para qué?· ¿Qué te ha pasado para que estés así?

—Sólo confío en Maskia, aunque no mucho. Y él es el único que comprende correctamente el idioma de estas bestias.

Alan despertó a Maskia procurando que ninguno más lo hiciera, según le había recomendado Mary. Un somnoliento Maskia se enfrentó con cierto malhumor con la chica.

—Pequeña, ¿qué quieres de mí? Estaba en el más agradable de los sueños...

—Vístase y venga conmigo, Maskia. He visto algo que le hará caer la baba.

Maskia pareció perder hasta el último rastro de sueño.

—¿Te has emborrachado o has probado el brebaje alucinógeno que suele tomar Kol-Er?

—Nada de eso. Después que ustedes se marcharon he estado deambulando por las zonas del palacio que nunca hemos visitado. ¿No se han preguntado para qué llamaron con tanta urgencia al Protector? —Antes que el ahora asombrado Maskia replicase, añadió—: Pues venga conmigo y le mostraré una escena muy interesante.

Refunfuñando aún, Maskia fue a su habitación y regresó en seguida terminándose de ajustar los pantalones.

—Confío que merezca la pena, preciosa. No me gusta que me despierten, ¿eh?

Franquearon la doble compuerta y después de colocarse las mascarillas se adentraron en las zonas donde la ponzoñosa atmósfera local imperaba. Anduvieron por pasillos solitarios. Al parecer Mary conocía bien el camino, pero Alan pensó en más de una ocasión que ella daba rodeos amplios, tal vez para eludir la presencia de las numerosas patrullas armadas de los guardianes del palacio.

Se adentraron en el ala más ruinosa del edificio. Allí no existía luz y encendieron sus lámparas. Mary caminaba la primera y lo hacía con decisión, e incluso con un poco de prisa, como si temiese llegar tarde a una cita.

Mary se detuvo delante de un muro. Retiró unos ladrillos con sigilo e invitó a sus acompañantes a que mirasen por la ranura practicada.

—Escuche atentamente, Maskia, no se pierda una sola palabra de lo que dicen al otro lado.

El hombre se pegó a la ranura y miró. Alan pudo atisbar un poco.

Al otro lado había una estancia amplia, no muy bien alumbrada con focos mortecinos. Las paredes estaban ennegrecidas y había varios darkas alrededor de un ser. Entre los nativos estaba Kol-Er, que gesticulaba y pronunciaba roncas frases, a la vez que propinaba golpes a una figura sujeta con cuerdas a un tablón medio inclinado:

—Es un ser humano a quien maltratan —susurró Alan, volviéndose para mirar a Mary.

—Sí, desde luego. Exactamente, un damishita.

—Creí que ya no quedaba ninguno en Darka...

—Ese infeliz no vivía en Darka, supongo. Seguramente llegó hace poco a este planeta desde sus placenteros planetoides artificiales que orbitan la estrella Kabarga.

Maskia hizo un ademán para que callasen. Prestaba una inusitada atención a lo que se hablaba en la estancia. Kol-Er se apartó del prisionero y anduvo amenazador alrededor de él, siempre gritando y lanzando lo que evidentemente parecían ser amenazas.

Alan sólo pudo observar, sin entender nada, ni atreverse a preguntar a

Maskia nada para que éste no se perdiese nada de lo que el Protector preguntaba unas veces y escupía otras al humano atado al tablero.

Pudo darse cuenta que se trataba de un hombre joven, bien parecido. Sus ropas estaban desgarradas y el cuerpo mostraba evidencias de haber sido golpeado y quemado. De pronto el prisionero ladeó la cabeza y cerró los ojos. Se había desvanecido. Aquello calmó un poco al Protector, que dio unas órdenes y se retiró seguido del oficial y algunos soldados. En la estancia quedaron otros darkas, que se sentaron alrededor de una mesa y empezaron a jugar con unas varillas de hueso.

Maskia se retiró de la ranura y Mary procedió a devolver a su sitio los ladrillos. Estaba con palpable consternación y dijo:

—Regresemos cuanto antes. Tenemos que hablar de esto.

—¿Qué ha oído? —preguntó Alan.

—Que Dios nos perdone, pero hemos cometido un grave error.

CAPÍTULO VIII

Maskia se derrumbó en un sillón y Lerto abrió la última botella de coñac para servirle una copa.

—Toma y bebe —dijo—. Te reanimará.

—No creo que haya nada capaz de reanimarme —musitó Maskia. Pero bebió el coñac de un trago, tosió, abrió la boca para aspirar aire y dijo roncamente—: Dios me perdonará algún día. Mis negocios nunca han sido limpios, pero puedo jurar que jamás he causado daños físicos. Pero lo de ahora... ¡Es horrible!

—Diga de una vez lo que sabe —le instó Mary fríamente. Incluso Alan se asustó un poco ante la actitud, llena de rudeza.

—Los darkas nos han engañado. No quieren las naves para huir de este mundo moribundo y vivir en uno limpio y joven. Desean las naves para llegar hasta el sistema Kabarga donde están los planetoides de Damish y destruirlos, y acabar con esa raza.

—¿Está seguro? —preguntó Jeremías.

—Sí. Lamentablemente, así es. Durante siglos los darkas han mantenido un odio feroz contra los que una vez compartieron con ellos este asqueroso planeta. Sus viejas naves no podían sortear esos años luz que los damishitas habían puesto por medio. Cuando comprendieron que Lerto y yo, movidos por la ambición podíamos proporcionarles los medios para fabricar naves estelares capaces de transportar un numeroso ejército hasta Kabarga, ocultaron sus verdaderas intenciones, tal vez temiendo que ante semejante plan incluso nosotros, unos pillos, nos habríamos negado.

Mary cruzó los brazos sobre el pecho. Sonrió con incredulidad.

—Eso sería difícil de creer, Maskia.

—Déjale ahora en paz —intervino Alan—. Yo creo en su sinceridad.

—Está bien. Siga, Maskia. ¿Quién era ese humano que torturaban los darkas?

—¿Recuerdan que nos sorprendió un poco que los darkas estuvieran vigilando constantemente el espacio cercano a este planeta y siempre mantienen en estado de alerta sus defensas y tropas? Ellos se sabían vigilados por los damishitas últimamente. Sus patrulleras orbitales lograron derribar una nave de Damish y aquel desgraciado que torturaban para hacerle hablar fue el único piloto que logró salvarse, pero cayó en n manos de los darkas.

—¿Qué quieren saber los darkas?

—Desconfían de los damishitas, pese a que éstos nunca en su larga historia fueron guerreros ni tampoco conocen el arte de la guerra.

—¿Quiere decir que no podrán defenderse de la invasión?

—Eso es. Pese a que el prisionero había confesado que sus compatriotas no habían desarrollado una industria de guerra durante estos siglos, Kol-Er le insultaba diciéndole que mentía. Lo dejó cuando perdió el sentido. Tal vez dentro de poco reanude las sesiones. Yo estoy seguro que el prisionero dijo la verdad, pero la innata desconfianza de Kol-Er le impulsara a insistir hasta que haga pedazos a ese desgraciado.

—Eso confirma mis sospechas —asintió Mary—. Solapadamente, los darkas estaban artillando las naves que salían terminadas de los

astilleros. Entonces, con el pretexto de ponerlas a prueba, las colocaban en órbita, dejándolas allí para que nosotros no descubriésemos que habían sido convertidas en navíos de combate.

—De todas formas, capturada la nave espía de los damishitas, éstos no sabrán lo que están sucediendo aquí, la inminente invasión que sufrirán —comentó Alan moviendo la cabeza con pesimismo—. Si nosotros somos en cierta forma culpables, creo que es nuestro deber impedir la masacre.

—¿Cómo? —preguntó Jeremías.

—De la única forma posible —dijo Mary—. Yendo a Kabarga nosotros y diciendo a Damish lo que sucede—. Terminó sonriendo al ver asentir a Alan.

Maskia y luego Lerto, dieron su conformidad.

—Me pregunto si los damishitas nos creerán. Nunca han oído hablar de terrestres ni de la parte de la Galaxia que conocemos. Pueden suponer que somos aliados de los darkas —dijo Jeremías—. Lo cual, en cierta forma, es cierto.

—Entonces nos llevaremos pruebas —dijo Mary—. Y la mejor de todas será el prisionero. Le salvaremos y él apoyará nuestra información.

—Conmovedor —masculló Jeremías—. Tendríamos que enfrentamos a los darkas. Ellos no nos dejarán acercamos a la nave terminada, lista para ser enviada al espacio exterior. Tendríamos que abrimos paso, en el peor de los casos, a tiros. Y creo que sólo tenemos la pistola de Lerto, a todas luces insuficiente.

Mary dijo que la siguieran y se dirigió a la habitación donde guardaban las vituallas. Sacó una caja de metal del fondo y la arrastró hasta el centro de la habitación. Luego dio la vuelta a un anillo y lo aplicó a un ángulo. La caja se abrió en seis partes y ella empezó a sacar unos envoltorios.

—No recuerdo que yo tuviera esa caja a bordo… —empezó a decir Maskia.

La muchacha mostró media docena de pistolas láser, de gran potencia. Se colocó dos en su cinturón y señalando el resto, dijo:

—Son mejores que la de Lerto. Cogedlas. Si es preciso nos enfrentaremos a todo el ejército darka. Pero no será necesario porque

contaremos con el factor sorpresa. No será difícil sacar al prisionero del palacio.

Alan tomó una de las pistolas y mientras la estudiaba, preguntó a Mary:

—¿Quién eres tú? ¿Cómo estaban esas armas a bordo de la nave?

—Eso es. ¿Cómo estaban allí? —dijo Lerto—. Nosotros no las pusimos.

—Las puse yo —dijo Mary mirando desafiante a los dos comerciantes —. En la Tierra se sospechó de vosotros cuando comprasteis esa nave. Me enviaron a Intergal V para vigilaros y averiguar lo que os proponíais. Descubrí que pensabais partir sin el permiso legal y me introduje en ella con la ayuda de las autoridades del puerto, llevando las armas, que escondí entre las cajas de comida en la primera ocasión.

Lerto soltó una maldición y Maskia un quejido.

—Oh —dijo el hombre obeso. ¿También vosotros sois agentes del gobierno terrestre? —preguntó mirando a los dos hombres.

—Soy un honrado vendedor de bienes raíces —protestó Jeremías.

—Y yo un estúpido, además de viAlante de material minero —masculló Alan—. Pero nunca me gustó este asunto y estoy dispuesto a todo lo que sea para enderezar este lío.

Mary le besó castamente y dijo:

—Entonces no perdamos más tiempo. Vamos.

* * *

Kol-Er terminó de beber la infusión de la copa hasta el fondo. Escupió un poco del poso y dijo al oficial que esperaba inmóvil:

—Volvamos. Seguramente el prisionero habrá recobrado el conocimiento. Y esta vez dirá la verdad. Luego tiraré sus restos a las ratas de la ciudad.

Salió de la estancia seguido del soldado. Fuera estaban seis más que

les precedieron marcialmente. Al cabo de unos minutos, después de bajar unos pisos hasta la sala situada en el ala más ruinosa del palacio, llegaban ante la cerrada puerta de madera. Allí estaban dos soldados apoyados contra la pared que se pusieron en posición de firmes al ver llegar al Protector de Darka.

—Abrid —ordenó Kol-Er con imperioso gesto.

Uno de los soldados sacó una llave y la hizo girar en la cerradura. El otro empezó a empujar la pesada puerta.

Entonces del otro lado surgió un trazo de viva luz que alcanzó al darka, arrojándolo de espalda. Otros disparos se estrellaron inofensivos a los pies del Protector, que reaccionando gritó:

—¡Cerrad esa puerta!

Se apartó situándose a la derecha mientras varios soldados se arrojaron sobre la puerta empujándola violentamente. Pero los disparos atravesaron la madera y dieron en dos darkas. Uno cayó muerto, con la cara destrozada. El otro fue alcanzado en un brazo y corrió varios metros gritando y dejando un reguero de sangre. Furioso ante los aullidos que lanzaba el herido, Kol-Er sacó su pistola y lo abatió de dos balazos explosivos.

—¡Llamad a la guardia, que acuda todo el mundo!

Un soldado se retiró a cumplimentar la orden y el Protector, fuera de la trayectoria de aquellos rayos que atravesaban la gruesa madera como si fuera grasa, intentó encontrar una explicación a lo que sucedía al otro lado.

Indudablemente, pensó, allí había seres que intentaban rescatar al prisionero. No podían ser darkas, obviamente. ¿Más mishitas llegados secretamente a Darka? ¡No!, se gritó en seguida. No podían saber dónde estaba el prisionero.

—Sólo un humano puede ayudar a otro humano —dijo en voz alta y sus hombres le miraron entre asombrados y llenos de miedo ante su furia—. ¡Esos malditos que dicen llamarse terrestres! ¡Quiero que me los traigan! ¡Que vayan a sus habitaciones!

Estaban llegando soldados y un oficial se destacó para obedecer la nueva orden de su amo, seguido de un pelotón. Luego, Kol-Er dijo:

—Derribad la puerta. Y comunicad que todo el palacio sea rodeado.

Luego comprendió que había cometido dos errores. El primero fue suponer que sólo existía aquella salida, custodiada por él y por más de un centenar de soldados. El segundo fue no extender la orden de custodiar también la ciudad entera e incluso el planeta.

* * *

Minutos antes, Mary estaba delante del muro. Previamente había visto por la ranura que los verdugos estaban solos, seguían jugando. El prisionero se agitaba apenas sobre su duro lecho de madera.

Entonces ella aferró con las dos manos la pistola y con el rayo trazó un burdo ovoide en el muro. De un puntapié, Alan lo derribó hacia el otro lado. Sólo entonces los guardianes les oyeron. Estaban levantándose cuando Mary inició la matanza. Mató a dos y Alan derribó a uno. El cuarto fue abatido por Jeremías. Lerto entró y pareció enfadarse un poco porque no habían dejado nada para él.

Mary pidió silencio, señalando la pesada puerta de madera, tras la cual, dijo, posiblemente habrían más soldados.

Se dirigieron hacia el prisionero, que en aquel momento abrió los ojos. Pronunció unas extrañas palabras y Maskia, que se había acercado, tradujo:

—Pregunta que quiénes somos. Pese a nuestra apariencia humana está seguro que no somos damishitas.

—Dígale que somos amigos y vamos a sacarle del planeta para llevarle con los suyos al sistema Kabarga —aconsejó Mary mientras Alan y Lerto ayudaban al damishita a incorporarse.

—No da las gracias —dijo Maskia después que el prisionero hablase en su lengua—. Dice llamarse Mengale, y que aunque está débil podrá seguimos e incluso, ejem… nos solicita un arma para defenderse, ayudarnos o saltarse la tapa de los sesos antes de volver a caer prisionero de los darkas.

—Por el momento podremos bastarnos nosotros —replicó Alan. En aquel momento empezó a abrirse la puerta.

Rápidamente disparó a través de la ranura. Aunque no pudo verlo,

supo que un darka había sido alcanzado al menos. Entonces la puerta fue cerrada con violencia, pero él y Mary dispararon varias veces a través de la hoja de pesada madera. Estaban seguros que si al otro lado había más darkas serían alcanzados.

—Salgamos cuanto antes de aquí, y del palacio —dijo Alan—. Aún no pueden saber que somos nosotros los que liberamos al damishita, pero tal vez Kol-Er no sea tan estúpido y averigüe que han sido sus huéspedes. Entonces ordenará que sean vigilados los astropuertos y todas las naves.

Cruzaron el hueco en el muro y corrieron por los ruinosos pasillos. Mary era la única que conocía un poco aquel lugar y fue señalando el camino. Por suerte casi todo aquel sector del viejo edificio estaba desierto a causa del estado ruinoso en que se encontraba. Sólo se detuvieron un instante para colocar una mascarilla filtradora al prisionero. Tal vez a causa del viciado aire de Darka se hallaba tan débil, ya que desde que fue hecho prisionero había sido obligado a respirarlo.

Los gruesos muros del palacio estaban caídos en varios sitios. Subieron por los escombros y vieron el comienzo de la ciudad.

—Nunca he visto por aquí centinelas —dijo Mary—. Si no los vemos sabremos que aún Kol-Er no sabe lo que está pasando.

Descendieron por los centenarios cascotes, hasta llegar a una tosca alambrada. No fue difícil derribar los carcomidos maderos que la sostenían y superarla. Entonces fue cuando apenas estaban a unos mil metros del palacio cuando las cercanías del ala en ruinas se llenó de luces que portaban las patrullas enviadas allí.

—Apenas a tiempo —resopló Maskia.

—Pero aún estamos lejos del astropuerto —recordó Jeremías.

—Ya lo sabemos, pájaro de mal agüero —rezongó Alan. Las calles estaban desiertas y llenas de niebla espesa y gris. Sabían que la ciudad mostraba tal aspecto durante la dilatada noche de Darka. Pero entonces unas luces taladraron la niebla y escucharon el ronco rumor de un motor.

Alan se plantó en medio de la calle, agitando los brazos.

Posiblemente el conductor darka nunca había visto personalmente a un humano aliado de su Protector, aunque había oído hablar de ellos.

Al descubrirlo con la luz de los faros, pisó el freno y el vehículo soltó un chirrido, asomando la cabeza por la ventanilla de la esférica cabina.

Antes que pudiera preguntar qué sucedía, Alan lo agarró por los pliegues de su túnica y lo arrojó sobre el pavimento. Pero el darka era fuerte y gruñendo se arrojó contra el estómago de Alan, quien apenas tuvo tiempo de echarse a un lado y luego propinar un fuerte puntapié en el costado del humanoide.

Entonces acudió Lerto y con la culata del láser golpeó al darka en la cabeza repetidas veces. Quedó inmóvil. Alan jadeó y dijo a los demás que subieran a la cabina. Entonces miró a Lerto.

—Supongo que sabrás cómo se conduce un cacharro local.

—Tuve ocasión de aprenderlo en mi anterior estancia —sonrió Lerto subiendo a la cabina y sentándose delante de los mandos. Agarró la palanca de dirección y liberó el freno. El coche pegó una sacudida y echó a correr a unos cuarenta kilómetros por hora. Ir a mayor velocidad en medio de aquella espesa niebla podía resultar peligroso.

—Espero que ahora sepas el camino del astro puerto —dijo Alan, que se había sentado a su lado y trataba de recuperar la respiración.

CAPÍTULO IX

Los darkas disponían de medios para comunicarse, como el radio y una especie de visoteléfono. Pero este último sistema databa de los tiempos cuando los damishistas vivían en el planeta y se hallaba muy deficiente. La radio también padecía de frecuentes interferencias debido a las constantes tormentas que se producían en los niveles altos de la atmósfera.

La presencia de los humanos en el astropuerto cercano a los enormes astilleros era normal, aunque nunca se había producido a altas horas de la noche.

Los centinelas titubearon un poco, indecisos. El oficial no sabía qué hacer y Lerto, irritado, les gritó en su idioma que daría media vuelta,

volvería al palacio y regresaría en compañía del propio Protector para que ellos pudieran pasar y realizar un trabajo irreemplazable.

Al final los centinelas accedieron y el vehículo con los humanos penetró en el astropuerto.

Lerto silbó aliviado y dijo:

—Por fortuna no nos han preguntado adónde vamos, porque aquí sólo hay naves y no sé a cuál dirigirme, incluso ahora.

—Hace dos días se terminaron algunas en los muelles del oeste —dijo Alan—. Estaban a punto de ser enviadas al espacio. Confiemos que aún sigan ahí.

La niebla les impedía ver más allá de los diez o doce metros y por dos veces se perdieron. Lerto, entre juramentos, encontró el camino con dificultad. Con los faros a toda potencia pasaban por delante de inmensas naves, copias casi exactas de la que ellos habían llevado a Darka. La mayoría no estaban terminadas y habría sido una temeridad intentar escapar en una de ellas.

Al cabo de un rato llegaron a los muelles del oeste, precisamente cuando escucharon el estridente aullido de una sirena procedente de la ya lejana entrada.

—Aún están ahí las naves terminadas —gritó Alan apenas los faros las alumbraron. Por un momento la niebla se levantó y la visibilidad alcanzó más de los cien metros.

—¿Cuál elegimos? —preguntó Lerto frenando el vehículo.

—Esa misma —dijo Alan señalando la más cercana.

Bajaron todos del vehículo y corrieron hacia la inmensa mole de acero. Un soldado surgió de una garita con su rifle entre las manos. Se detuvo sorprendido al verlos, pero Lerto le disparó, alcanzándole certeramente entre los ojos.

La rampa estaba bajada y ascendieron por ella. Dentro, la elevaron y encendieron las luces. El interior quedó iluminado tenuemente. Maskia echó un vistazo a las mamparas y escupió asqueado.

—Un cochino trabajo. Nada está bien terminado. Esos cerdos darkas parecen tener mucha prisa. Espero que no se desarme cuando entremos en el hiperespacio.

Aseguraron las compuertas y corrieron hacia el puente de mando. Tardaron en llegar a él más de quince minutos, ya que con las prisas habían subido por la rampa central y ésta estaba alejada de la proa más de un kilómetro de intrincados pasillos. Para aliviar el trabajo, los darkas, bajo supervisión de los humanos, habían eliminado las cintas corredizas y otros lujos que ellos no consideraban imprescindibles.

Una vez en el puente, Maskia distribuyó a su tripulación.

Dejaron al damishita sentado en uno de los asientos y le sujetaron con unos cinturones. Mengale lo miraba todo sorprendido, pero en silencio. Si tenía deseos de hacer muchas preguntas debió considerar que aquél no era el momento más oportuno.

Alan encendió la pantalla frontal. Luego usó los visores laterales. Se detuvo visualizando los de babor.

—Creo que tenemos visita —dijo con voz estrangulada. Por una de las vías se acercaba una columna de vehículos atestados de soldados y varios cañones. Alan ya sabía que en cuestión de armas los darkas eran peligrosos y no estaban tan atrasados como en otras materias.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes —dijo Maskia.

Sus dedos se movían rápidos sobre los controles, verificando posiciones y asegurándose que no había ningún resquicio por el cual pudiera escaparse la pobre atmósfera de la nave, a causa de su escaso oxígeno debían seguir usando los filtros.

Alan cerró los ojos, pensando qué mal iban a pasarlo si aquella nave que habían elegido apresuradamente carecía de energía.

Lerto dijo:

—Todo dispuesto, Maskia. Cuando quieras puedes inyectar energía a los proyectores.

El hombre obeso asintió y apretó con decisión dos botones. Entonces la nave vibró y pocos segundos después empezó a elevarse.

Al mismo tiempo, los cañones darkas empezaron a disparar.

* * *

Una nave con impulsión superlumínica no podía adentrarse en el hiperespacio mientras la proximidad de la estrella fuese teóricamente cercana.

Diez minutos después de haber partido del astropuerto, los fugitivos se encontraban apenas a unos trescientos kilómetros de la superficie.

Entonces Mary advirtió que se aproximaban a las órbitas que usaban los cientos de naves gemelas a la que ellos habían robado. Y cerca de éstas estaban los viejos pero veloces patrulleros darkas.

—He localizado el control de los proyectores —dijo Mary sonriendo—. Ahora debemos alegramos que esta nave esté artillada.

—¿De qué disponemos, preciosa? —preguntó Maskia.

—Torpedos de alta velocidad. Son teledirigidos. Apenas vea un patrullero enemigo lo haré saltar en pedazos.

—¿Torpedos? —repitió Maskia—. ¿Quién demonios les ha dicho a estos monstruos cómo construirlos y montarlos en las naves?

Repitió la pregunta en el idioma darka, que al parecer era el mismo que hablaban los damishitas. Mengale respondió algo que Maskia se apresuró a traducir:

—Son armas que los damishitas desarrollaron poco antes de marcharse. En realidad no las diseñaron para ellos, sino para engañar a los darkas haciéndoles creer que no pensaban marcharse. Pero los darkas se encontraron conque no podían instalar esos torpedos en sus pequeñas naves planetarias o patrulleras orbitales.

—Pero ahora sí que las usarán con efectividad —gruñó Jeremías.

—Son toscas estas naves, pero duras —sonrió Maskia—.

Creo que me arriesgaré a entrar en el hiperespacio apenas nos alejemos del sol Purtonli unos doscientos millones de kilómetros, cuando Darka esté a unos diez millones.

—Ahí vienen los patrulleros —anunció Mary—, Alan, ¿puedes encargarte de los disparadores de torpedos de estribor?

Alan apoyó los dedos sobre los botones, acariciándolos.

Quedó expectante a la voz de Mary. Apenas ella gritó fuego cuando el radar captó las coordenadas de los dos patrulleros que se acercaban,

hundió los tres botones.

Siguieron por la pantalla el avance de media docena de torpedos de alta velocidad. Los siguientes dieron en el blanco y en el negro espacio crecieron dos bolas de fuego que al instante se autoconsumieron.

—Vía libre —gritó Mary saltando alborozada.

—Allá vamos —dijo Maskia.

Dos horas más tarde, después de haber estado acelerando constantemente, entraron en el hiperespacio.

Alan se volvió al silencioso damishita. Después de liberarle de los cinturones, le dijo:

—Bien. Pronto estaremos en tu casa. ¿Qué tal te encuentras, amigo?

Los negros ojos de Mengale le miraron, como queriendo decir que no le entendía. Maskia lo repitió en el idioma de Darka.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Alan a Maskia.

—Que tenemos que hablar despacio, con detenimiento —suspiró—. Creo que mientras comemos algo podremos hacerlo.

Entonces Alan rió con fuerza.

—¿Te olvidas que no nos hemos traído nada de comida?

Si tenemos suerte encontraremos algo de esos tubérculos darkas o algas asadas.

—Oh, no. Prefiero ayunar durante un día entero, que será lo que durará el viaje, antes que comer esa bazofia —exclamó Maskia abatiendo los brazos.

* * *

Mengale asombró a los terrestres con su asombrosa facultad para aprender los rudimentos de la lengua de sus salvadores. Dos días más tarde, cuando salieron del hiperespacio y se dirigían al planetoide principal del sistema de Kabarga, el ex prisionero explicaba:

—El planetoide artificial mayor, y más antiguo de los diez que poseemos, se llama Kabar 1. Allí está nuestro gobierno central. Tiene más de ochocientos años y viven en él doce millones de seres. En total la población del pueblo Damish asciende a ochenta millones.

Maskia arrugó el ceño.

—No es mucho para una nación antigua —comentó.

Mengale emitió una triste sonrisa.

—Durante varios milenios nos vimos forzados a compartir Darka con esa mísera raza que obligó a nuestros antepasados a emigrar. Nuestra situación siempre fue precaria y si logramos sobrevivir fue porque los humanoides nos eran tan estúpidos como para exterminarnos, ya que eso habría supuesto para ellos el cese del suministro de nuevas tecnologías. Por todo eso, siempre desarrollamos un estricto control de natalidad que prácticamente estabilizó nuestra población. Y ahora sólo podemos crecer a medida que construimos nuevos planetoides.

—Me habría gustado emitir un mensaje a tus jefes, Mengale —dijo Maskia—, prevenirles cuanto antes del peligro que les amenaza. Pero el sistema de comunicación de la nave, según has podido comprobar, es inconectable con el vuestro.

—Esperaremos —dijo Mengale escuetamente.

Y Alan consideró que si los demás damishitas poseían una personalidad parecida a la de Mengale, aquélla era una raza contemplativa y resignada hasta cierto punto ante el desastre. Aunque creadores, los seres de Damish parecían estar atormentados por un férreo fatalismo.

—Haremos señales luminosas, usando un código secreto.

Así sabrán que somos amigos —dijo Mengale—. Me identificaré y no nos atacarán.

Maskia y Alan cruzaron una mirada, a la que sumó Mary, siendo ésta quien dijo:

—Entonces tenéis defensas eficaces.

Una sombra de preocupación cubrió el rostro de Mengale.

—Para la aproximación de una sola nave, sí. Pero yo he visto en el

astropuerto cientos de naves como ésta. Y también más orbitando Darka.

No añadió que eran naves que los darkas habían conseguido gracias a la ayuda de los terrestres. Maskia había contado toda la verdad a Mengale, sin omitir nada, excepto mínimos detalles. Ante ésta, el damishita no se enfureció ni mostró ningún síntoma de repulsa. Aceptó los hechos consumados e incluso se esforzó en demostrar que se complacía ante la ayuda de quienes les habían salvado.

—Discutiremos el asunto de la defensa más tarde —gruñó Maskia.

* * *

El interior del planetoide Kabar 1 sorprendió vivamente a los terrestres. Los habitáculos de los damishitas eran confortables. Existían amplios espacios abiertos en los que la naturaleza no había sido olvidada. Los jardines naturales y plantaciones hidropónicas abundaban por todo el planetoide, de más de mil kilómetros de diámetro.

—Somos autosuficientes, aunque por razones económicas no podemos producir todo lo que necesitamos —explicó Mengale—. Es un sistema que nos resulta eficaz para mantener un intercambio con las demás unidades artificiales.

—¿De dónde obtenéis la materias primas?

—Kabarga, aunque no posee planetas, sí tiene millones de asteroides. Muchos más que en la estrella Purtonli. De ellos sacaron lo que precisamos.

—Me pregunto por qué decidieron supervivir mediante la construcción titánica de estos planetas artificiales —dijo Alan—. ¿Por que no emigraron a otro que dispusiera de mundos aptos?

—No descubrimos mediante nuestras sondas y telescopios en un radio de mil años luz nada aceptable. Esta era la estrella más cercana, pero también lo suficientemente alejada de las garras de los darkas. Así, decidimos la construcción de los planetoides.

Se dirigían hacia la sala donde les esperaban los dirigentes de la

nación Damish. Eran representantes de todas las unidades y estaba presidida por el decano del consejo, constituido democráticamente.

Mary, cerca de la puerta que les conduciría al consejo, se mordió los labios y dijo:

—Debí haber sospechado que los darkas no querían las naves para emigrar, sino para atacar los planetoides. La ausencia de mundos aptos para los damishitas en los próximos espacios con soles debió haberme dado la respuesta a las verdaderas intenciones de esos monstruos.

Mengale sonrió.

—No te atormentes. Ahora debemos vivir sólo el momento actual.

Y entraron en la sala.

Allí recibieron una mala noticia de labios del presidente del Consejo.

CAPÍTULO X

El presidente del Consejo era un hombre de mediana edad, alto y esbelto. Sus cabellos grises caían abundantes sobre sus enjutos hombros. Mostró una amplia y amistosa sonrisa cuando los terrestres entraron en la sala precedidos de Mengale.

A cada uno de ellos les puso la mano en el hombro izquierdo. Luego les invitó a sentarse delante de una larga mesa semicircular ocupada por veinte hombres y mujeres, a quienes presentó como los representantes de los demás planetoides artificiales.

Mengale dijo que el presidente se llamaba Ninvage.

Ninvage ocupó su lugar, cruzó los dedos apoyando los codos sobre la mesa y dijo a los terrestres:

—Hemos detectado un masivo movimiento de naves en Darka. Estimamos que los humanoides están lanzando sus unidades de combate, casi todas las que tienen terminadas, a la invasión.

»Contando conque no tienen mucha experiencia, la flota de invasión estará en el sistema de Kabarga dentro de dos días, a lo máximo, tres.

Maskia se rascó la barbilla. Se sentía un poco cohibido, como si las miradas incalificables de los consejeros estuvieran llenas de reproches hacia ellos. Se dijo que tal vez se hubiera sentido mejor si les hubiera recriminado que por su causa los darka disponían de naves superlumínicas. Empero consideró que debía ir directamente al grano. Soportando la mirada del presidente, dijo:

—Estamos dispuestos a ayudarles en la medida que podamos. ¿Qué tipo de defensa cuenta Damish para contener la invasión?

El presidente seguía impávido. Tardó unos instantes en responder:

—En realidad, nada. Durante muchos siglos hemos vivido en paz, seguros de que los darkas nunca podrían llegar hasta Kabarga. Lógicamente ellos se habrían autodestruido antes de conseguir por sus propios medios naves superlumínicas.

Alan cogió la mano de Mary y la apretó. Era el reproche que esperaban, pero formulado sutilmente, sin irritación. Así casi resultaba más humillante.

—¿Cuántas naves disponen espiando el espacio planetario de Darka?

—La que comandó Mengale fue la última. Después de perderla no nos atrevimos a enviar otra.

—¿Cómo han averiguado entonces que los darkas están a punto de marchar sobre Damish? —preguntó Alan.

—Disponemos de medios para detectar ese masivo movimiento de naves de combate —sonrió el presidente.

—Sin embargo, Mengale nos advirtió que debíamos identificamos cuando nos aproximamos a Kabar 1, ya que podíamos ser abatidos por sus defensas.

El presidente suspiró con cierto desaliento.

—Sí, pero son insuficientes, lo admitimos. En cierto modo somos culpables de la actual situación, a causa de nuestra confianza.

—Aún tenemos tiempo de artillar sus naves y enfrentamos a los darkas. Incluso podríamos preparar la que hemos traído —dijo Maskia

—. Ojalá hubiéramos podido tomar la original, mejor terminada. Pero la que disponemos será adecuada para el combate. Sólo precisamos lanzadores láser. Quizá una docena…

—Ordenaremos que nuestros técnicos empiecen a trabajar cuanto antes en su nave. Respecto a las muestras tenemos que discutir ciertos detalles. Se les dará alojamiento y dentro de unas horas tendrán noticias de la resolución que adopte este consejo.

Terminadas sus palabras, el presidente se levantó dando por concluida la reunión.

* * *

Maskia pidió permiso para trabajar en la asombrosa reproducción a escala del sistema solar de Kabarga, manejando el computador bajo la supervisión de Mengale. Con el puntero luminoso, Maskia señaló un punto que equivalía a unos quinientos millones de kilómetros de las órbitas de los planetoides.

—Científicamente, la flota de invasión deberá emerger del hiperespacio en este punto.

Mengale arrugó el ceño.

—¿Estás seguro, Maskia?

—Sí. Recuerda, querido amigo, que las nave darkas disponen de navegantes computados copiados de la nave matriz, del cual disponemos uno igual en la nave que les quitamos. Resulta un juego de niños adivinar los movimientos de aproximación del enemigo.

Alan se acercó al holograma que reproducía el espacio sideral.

—Nuestra nave estará dispuesta dentro de dos horas. Antes de diez podríamos estar allí y esperar que el enemigo surja del hiperespacio. Con los lanzadores de láseres, atacando antes que ellos reaccionen, tal vez conseguiríamos abatir a unas pocas.

—Pero eso no impediría la invasión —dijo Mengale.

—No, claro. Pero sí retrasarla. Entonces ustedes podrían tener lista su flota.

El rostro de Mengale se ensombreció.

—No podremos tener listas ni cien naves antes de dos días.

Apenas estarán dispuestas unas cincuenta para cuando los darkas se aproximen a los planetoides. La situación es nefasta, amigos.

Maskia asintió.

—Mengale tiene razón. Yo sé lo que quiere decir. Los darkas tienen diez objetivos a los que atacar, mientra que los damishitas carecerán de naves para defender todos sus planetoides —apretó los dientes—. Si al menos sólo hubiera un planetoide...

—Pero son diez y si uno solo cae en poder de los darkas la moral de la población damishita se hundirá. ¿Qué harías tú si fueses Kol-Er, Alan?

Gaynord se encogió de hombros.

—No soy él, pero creo que dividiría la flota en tantos grupos como planetoides hayan.

—Eso sería una lógica humana; pero nos enfrentamos con una mente rudimentaria, de reacciones no predecibles —dijo Maskia—. Estoy seguro que Kol-Er quiere una victoria rápida. Seguro que el Protector piensa que apoderándose de Kabar 1 los demás planetoides se rendirán —se volvió hacia Mengale y añadió—: El presidente debe ordenar a las naves armadas que tengáis listas que se aposten alrededor de este planetoide. Aquí se desarrollará la batalla.

Mengale convirtió sus labios en una fina línea.

—Hablaré con el presidente; pero no puedo prometer nada. El consejo puede optar por otra decisión.

El damishita se retiró. Maskia y Alan tomaron un vehículo y se dirigieron al dique donde la gigantesca nave estaba recibiendo los últimos toques a cargo de diligentes brigadas de operarios. En todo el planetoide la actividad y agitación eran enormes. Todo el mundo conocía el peligro que se cernía sobre su pacífica civilización y parecían dispuestos a defenderla hasta lo imposible.

A bordo encontraron a los demás en el puente. Mary comprobaba los controles de los lanzadores láseres. Al verlos entrar se volvió y dijo:

—Son unas armas magníficas —sonrió—. Estos damishitas poseen una

técnica envidiable. Conocían desde hace tiempo armas tan fabulosas como éstas, pero las tenían guardadas y casi olvidadas.

Alan explicó el aún no detallado plan de Maskia. Los demás escucharon en silencio. Sabían lo que significaba presentar cara en solitario a la flota darka.

—No saldremos vivos de allí —dijo Jeremías, expresando en voz alta lo que pensaban los demás.

Mary le miró irritada.

—Puedes quedarte si lo deseas. Tenemos más que suficientes voluntarios damishitas para que nos ayuden a tripular esta nave.

—¡No he querido decir eso! Pero nosotros tres —y señaló a Mary y Alan— no hemos provocado esta situación. Todo lo organizaron Lerto y Maskia.

—Pero tú te apresuraste a prestar tu colaboración cuando te propusieron una fortuna a cambio de poco trabajo, ¿no? ¿Qué dices tú, Alan?

Mary esperó la respuesta del hombre que amaba con la respiración cortada.

—No podría quedarme aquí, esperando. Por supuesto, iré.

—Eh, yo tampoco he dicho que no iré —protestó Jeremías.

—Gracias, amigos —dijo Maskia visiblemente emocionado—. Ahora discutamos el plan...

* * *

Todos los ojos estaban atentos a la pantalla gigante. La tensión en el puente de mando era enorme. Llevaban en el punto del espacio elegido por Maskia con la ayuda de los computadores desde hacía media docena de horas. Los láseres estaban dispuestos y Mary miraba de vez en cuando, como obsesionada, los rojos disparadores.

Súbitamente sonó un repiqueteo y todos se envararon.

Maskia gritó:

—¡Una nave está apareciendo!

Alan movió el visor y aumentó la potencia telescópica.

Con la ayuda de los detectores colocó un círculo luminoso en el centro de la pantalla. Unos segundos más tarde apareció en el eje del círculo un diminuto punto brillante que lentamente fue adquiriendo más potencia.

—Una sola nave —musitó Maskia asombrado—. ¿Qué está pasando?

Alan miró a Mengale y luego a Maskia.

—¿Qué vamos a hacer?

—Por el momento, esperar. No podemos descubrir nuestra presencia disparando ahora. Pueden aparecer más y conocerían que...

La nave avanzó lentamente. Ahora estaba utilizando sus impulsores normales, volando a poco más de cien mil kilómetros por hora. Necesitaría algún tiempo para adquirir más velocidad.

—¡Aparecen más! —gritó Lerto que cuidaba de los detectores.

Eran diez y siguieron lentamente a la que primera apareció. Alan vio que Maskia sudaba. Se volvió ligeramente hacia Mary, pero permaneciendo atento alerta.

—Distancia: veinte mil kilómetros. Llegarán a nuestra altura dentro de cinco minutos.

—Dispara, Mary —dijo Maskia guturalmente.

La chica apretó los disparadores y se echó hacia atrás, como aliviada de una gran tensión.

Las once naves seguían dentro del círculo luminoso. Un minuto después los láseres las alcanzaron. Se produjeron una serie de explosiones en cada una, el espacio se tiñó de rojo y amarillo. Fue un estallido de color en pleno silencio. Luego todo desapareció y el negro tachonado de estrellas ocupó de nuevo el lugar del que momentáneamente había sido desalojado.

—Ha sido demasiado sencillo —dijo Alan, moviéndose nervioso en su sillón.

—Sí, pero…

—Salen más naves del hiperespacio —anunció Lerto.

Mary echó un vistazo a los niveles de energía de los láseres. Asintió. De nuevo estaban en posición de disparar —Una sola nave —masculló Alan—. ¿Acaso dentro de poco aparecerán otras diez? Es inexplicable que Kol-Er nos lo ponga tan fácil.

—Espera, muchacho —le pidió Maskia—. No nos confiemos.

Pero cinco minutos más tarde la nave darka seguía estando sola, avanzando a escasa velocidad.

—Recibo una señal de esa nave —dijo Jeremías—. Intentan comunicarse con nosotros.

—Contacta y amplía la emisión, que escuchemos todos. Poco después y cuando los chirridos fueron anulados, la voz de Kol-Er, que todos reconocieron inmediatamente, resonó en el puente.

—Les hablo mediante una grabación. No estoy a bordo de la nave que tienen a la vista. Aún me mantengo en el hiperespacio junto con el resto de mi flota. Una nave, antes de ser destruida, logró comunicarme que les esperaban. No sé quiénes son, pero tal vez, si sois los terrestres, puedo advertiros que estáis cometiendo una estupidez. Aún estáis a tiempo de escapar de estos espacios y regresar a vuestros mundos. Pero antes de salvar vuestras vidas podéis comunicar a los damishitas que es inútil que opongan cualquier tipo de resistencia.

»Mi deseo es que se rindan sin condiciones. No queremos destruirles, sino pedir su colaboración para que mi pueblo no perezca. Ellos pueden construirnos planetoides como los suyos, para que mis gentes vivan en ellos hasta que podamos localizar mundos donde emigrar.

Hubo una pausa y cuando parecía que la transmisión había concluido, la gutural voz de Kol-Er añadió:

—En estos instantes están apareciendo en vuestro espacio, en vuestro campo visual, más naves. Esta vez no podréis destruirlas como a las primeras. Aún podéis volver a los planetoides damishitas y advertir a sus líderes de mi ultimátum. Cientos de naves llegarán después y es obvio que toda resistencia será inútil.

Se escuchó un chasquido y la comunicación quedó cortada definitivamente.

Maskia golpeó su tablero con rabia.

—Ese perro no es ningún tonto. Debe ser algo insólito en medio de ese atajo de tarados darkas. Nos ha engañado. Debió pensar que podíamos esperarles y envió primero unas naves, que no dudó en sacrificar. Tal vez creyó que había más de una nave contraria esperándoles. Ahora lo sabe y no podremos con todas las que irán apareciendo en cien millones de kilómetros cúbicos.

Como corroborando sus pensamientos, en la pantalla fueron surgiendo más puntos luminosos. Lerto leyó que los detectores seguían anunciando más naves darkas.

—Kol-Er miente una vez más —dijo Mengale—. No cumplirá su palabra. Si nos rendimos masacrará a la población damishita que considere no útil. Nos esclavizará a los demás y nos obligará a trabajar para ellos, mientras ocupan nuestros planetoides y nos hacen construirles más.

—Y algún día serán tan fuertes que incluso pueden amenazar a la Galaxia —susurró Maskia—. Regresaremos a Kabarga.

—Aún podemos combatir —dijo Mary.

—Sería inútil. Dentro de dos minutos docenas de naves darkas estarán en posición de combatir. ¿Conseguiríamos abatir cinco o seis? No, será mejor regresar. Aún no estamos vencidos.

CAPÍTULO XI

Durante el tiempo que precisaron para dar media vuelta y regresar hacia Karba 1, poniendo proa hacia la estrella, estuvieron temiendo que las naves invasoras abriesen fuego contra ellos.

Había silencio en el puente, un silencio lúgubre.

—Lerto, Maskia y demás humanos —tronó la voz de Kol-Er, sorprendiendo a todos—. Sé que estáis a bordo. Deseo proponeros que aún podéis serme útiles. Vuestra nave de oro aún espera en Darka. Es la única que no ha despegado.

—Kol-Er, ¿acabas de llegar ahora? Tu grabación fue lamentable como discurso —rió Maskia.

—No era una grabación, sino mi voz directa. Yo estaba en la nave solitaria.

—¡El muy cerdo nos engañó! —masculló Alan—. Si hubiéramos sabido que estaba allí la habríamos destruido. Ganó tiempo con aquel mensaje. Ahora es imposible saber en cuál está. Ya hay más de cien que nos siguen.

— Y manteniendo la misma distancia. ¿Por qué? —dijo Maskia ceñudo.

—¿No os gusta mi oferta? —insistió Kol-Er. Su voz parecía sumamente divertida—. Damish no podrá hacer nada. Mi flota atacará Kabar 1, la capital de los damishianos. No me importa que allí esté concentrada la escasa flota de mis enemigos porque todos serán destruidos. Pero quiero que sigáis sirviéndome por algún tiempo, terrestres. Digamos un año.

Luego podréis regresar a vuestros mundos, ricos. Inmensamente ricos.

—¿Has movilizado toda tu flota, Kol-Er? —preguntó Alan.

Recibió las miradas de sus compañeros, extrañados.

—Así es. Repito que sólo quedó una en Darka, la que vosotros os habríais llevado a vuestros planetas si nos hubieseis traicionado.

—Y tú tripulas la que nosotros sacamos de Intergal V, ¿no?

—Sí. Reconozco que es la mejor. Las copias no salieron tan perfectas —rió Kol-Er—. Pero con el tiempo las haremos mejores. ¿Qué respondéis?

—¡Vete al infierno, monstruo! —bramó Alan. Se levantó y cerró la comunicación. Miró a sus compañeros—. Ha estado abierta todo el tiempo, desde que habló por primera vez diciendo que era una grabación. Por lo tanto, ha escuchado todo cuanto hemos dicho.

—¿Estás seguro? —preguntó Lerto.

—¡Claro que sí! Los darkas no pueden saber que el planetoide-capital de los damishitas se llama Kabar 1. Y saben que nos dirigimos allí. Por eso no nos ataca, porque quieren que nosotros les guiemos hasta allí.

—Entonces debemos tomar otro rumbo —dijo Mengale.

—Nada de eso —afirmó Alan acercándose a Maskia.

—¿Insistes en que vayamos a Kabar 1 sabiendo que Kol-Er pretende que le mostremos la ruta? Tal vez tarde mucho tiempo en saber cuál de los diez planetoides es Kabar 1. Ganaríamos tiempo.

—Poco tiempo, ¿no? Si Kol-Er pierde la paciencia terminará atacando cualquier planetoide. Al final vencerá, aunque tarde más.

—¿Qué propones entonces? —preguntó Mengale.

Alan deslizó una silla hasta acomodarse al lado de Maskia.

—¿Me equivoco al suponer que Kabar 1 está ahora al otro lado del Sol, Maskia? —apenas el hombre asintió, aún sin comprender, Alan añadió—: Entonces usaremos el camino más corto.

—Muchacho, me temo que estés delirando. Vollando en línea recta pasaremos a menos de veinte millones de kilómetros de la estrella Kabarga. Será peligroso.

—¿A cuánto tiempo nos sigue la flota de Kol-Er?

Arrugando el ceño, Maskia hizo unos cálculos. Cuando se reflejaron en la pantalla del computador, dijo:

—Una hora.

—Eso quiere decir que la flota pasará una hora después que nosotros hayamos cruzado el punto más cercano de nuestra trayectoria respecto a la estrella —se humedeció los labios—. Luego nos desviaremos unos veinte grados a la derecha porque Kabar 1 se habrá desplazado en esa dirección. Será una carrera para alcanzarlo, ¿no?

—Vulgarmente podría decirse así.

—Nosotros estaremos alejándonos del Sol y los darkas estarán aproximándose. Querrán mantener la misma distancia con esta nave y cometerán un error. Estoy seguro que cometerán ese error que les llevará a una distancia crítica con Kabarga que no podrán sustraerse de la enorme fuerza gravitacional de la estrella. Cuando se den cuenta que han caído e la trampa será tarde.

—No pueden ser tan estúpidos —Maskia movió la cabeza—. Y Kol-Er ha demostrado inteligencia.

—Ha demostrado astucia —recalcó Alan—. La astucia de la bestia. Los navegantes darkas no tienen experiencia. Nos verán acercamos al sol y ellos harán lo mismo, pero entonces para mantener la distancia que supondrán es vital para no perdemos en sus detectores, se acercarán más al campo de gravedad de la estrella.

Maskia asintió.

—Puede resultar. Pero también nosotros correremos peligro, ¿no? Esta nave es una copia en cierto modo deficiente. No me fío de la fuerza de sus impulsores a baja velocidad.

—No subestimes tanto a los darkas —rió Alan nerviosamente—. Son buenos imitadores. Los torpedos que instalaron son eficaces. No dudes que la intención de Kol-Er es que nosotros le indiquel1\os dónde está Kabar 1 —dijo Alan—. Ellos pueden destruimos cuando quieran con sus nada despreciables armas, que nosotros pudimos comprobar cuando nos deshicimos de los patrulleros darkas al huir.

—De todas formas... —Maskia sudaba copiosamente—o Es arriesgado. Con la nave original me habría atrevido a esa temeraria maniobra, pero con ésta ...

Alan suspiró. Estaban acercándose al Sol, a cada instante a mayor rapidez.

—Hay que decidirse pronto, Maskia.

El hombre asintió. Alan miró a los demás. Nadie habló y Mary le sonrió dándole aliento.

—Adelante, Maskia —dijo Alan—. Y que Dios nos ayude.

* * *

—Siguen detrás de nosotros —dijo Lerto—. Los muy brutos aún no se han dado cuenta.

La estrella Kabarga ahora estaba a su derecha, ofreciendo su potente presencia en aumento constante.

—Los motores gimen como condenados —se lamentó Maskia.

Todos podían notar la vibración de la nave, el sordo rugido que surgía de sus entrañas y se extendía por todos los niveles y secciones.

La nave seguía avanzando penosamente, intentando vencer la gravedad tremenda de la estrella.

Alan miró los gráficos. El infierno que estallaba a cada segundo en la pila de plasma parecía querer saltar en cualquier momento, extendiéndose hasta el último rincón de la nave.

—Perdemos velocidad —dijo Jeremías, intensamente pálido.

—Hay que enviar más energía a la impulsión —aconsejó Alan, tocando el hombro de Maskía.

—Esto saltará en millones de pedazos si exigimos un nuevo esfuerzo al ya maltrecho sistema energético, Alan —replicó Maskia.

—Y en caso contrario nos precipitaremos al Sol.

Maskia asintió y movió una serie de clavijas. Inmediatamente el rugido interno aumentó y la nave pareció dar un frenético salto.

Alan cerró los ojos unos segundos. Cuando los abrió observó que los gráficos se estabilizaban. Pero la velocidad de la nave, una vez vencida la gravedad de la estrella, crecía constantemente, llegando a dos tercios de la luz.

Maskia cerró el chorro de energía que penetraba en el sistema de impulsión y la nave deceleró un octavo.

Una hora después, Alan preguntó a Lerto:

—¿Nos sigue la flota darka?

Lerto consultó los detectores. Debido a la proximidad del sol la lectura no podía ser definitiva en poco tiempo a causa de las interferencias.

—No detecto esa gran masa de naves —susurró Lerto—.

Diría que se han precipitado a la estrella. Pero aún es pronto para asegurarlo.

—Podríamos dirigimos a otro lugar en vez de a Kabarga —dijo Mengale—. Si el enemigo ha pasado como nosotros, no podemos mostrarles la dirección hacia Kabarga.

—Un momento —pidió Lerto—. Los detectores ofrecen una lectura limpia... Una nave. Nos sigue una nave. ¡Pero ninguna más!

Hubo gritos de alegría en el puente. Lerto pidió silencio y dijo:

—Sólo ha logrado pasar la nave de Kol-Er. Es decir, la nuestra.

Maskia suspiró.

—Es una gran nave. Lógicamente podía incluso cruzar delante del sol a menos de quince millones de kilómetros.

—Aumenta su velocidad y nos está alcanzando.

—Kol-Er estará furioso y quiere vengarse —dijo Alan—. Debemos preparamos para el combate.

CAPÍTULO XII

Pero la nave de los terrestres había adquirido demasiada velocidad y efectuar un giro completo requería tiempo. Todas sus armas apuntaban al frente y a los lados. En la popa no había nada.

La nave de Kol-Er se colocó en poco tiempo a menos de mil kilómetros de los fugitivos. Y entonces disparó sus torpedos.

Pero la nave perseguida se movía rápidamente terminando su giro y más que por suerte, eludió a la andanada de torpedos.

—Quiere decirnos algo —dijo Jeremías.

—Dale paso —replicó Alan—. Mary, prepara los láseres.

—Le dejaré con la palabra en la boca.

—No dispares hasta que te lo diga. Adelante, Kol-Er.

Después de un chirrido, la voz del Protector atronó el puente:

— ... Aunque sea lo último que haga, os destruiré, terrestres...

—Admite la derrota, Kol-Er. ¿Quieres un consejo? —preguntó Alan

con sorna—. Regresa a Darka y evita que tu pueblo se autodestruya. Sabes que si faltas se romperá la unión y de nuevo las guerras asolarán tu maltratado mundo.

Por toda respuesta, Jeremías y Lerto anunciaron que de la nave darka habían partido docenas de torpedos.

—¿Dispara, Mary!

—Un momento. Aún no lo tengo en situación...

—¡Saltaré al hiperespacio ahora mismo o los torpedos nos destrozarán! —anunció Maskia.

Alan miró inicialmente a Maskia. ¿Saltar al hiperespacio estando aún tan cerca la estrella Kabarga? Meneó la cabeza, confundido. No recordaba que se hubiera hecho nunca. Pero si seguían en la misma trayectoria unos minutos más los torpedos les alcanzarían.

—Un minuto para ser alcanzados —gritó Lerto.

—¡Dispara, Mary! —gritó Maskia—. No quiero saltar sin antes volatizar a Kol-Er.

Mary disparó y un segundo después Maskia conectó la impulsión superlumínica.

El proceso requería unos segundos. Mientras los torpedos darkas se acercaban vertiginosamente, los láseres, a velocidad de la luz, estallaron en el centro exacto de la nave enemiga.

Luego desaparecieron del sistema solar de Kabarga.

Sólo estuvieron navegando por el hiperespacio unos instantes. Maskia detuvo el proceso y se reintegraron al universo normal.

—¿Dónde estamos? —preguntó Alan, mirando desorientado el conjunto de estrellas que mostraba la gran pantalla.

—Descansa, muchacho —le dijo Maskia, sonriente, relajado—. Tardaremos algo en situamos, saber adónde hemos ido a parar.

Mengale se levantó y se puso frente a los terrestres. Estaba emocionado cuando dijo:

—Quiero daros las gracias por haber salvado a mi pueblo. Cuando regrese diré a todos, al consejo y al presidente, que el error que

habíais cometido ofreciendo a los darkas naves para invadimos lo habéis zanjado con creces.

—Gracias, amigo. Pero no es el momento para discursos —dijo Jeremías—. No sabemos dónde estamos. Tal vez perdidos en el espacio, en una parte desconocida de la Galaxia… —gimió.

—Bueno, quizá hayamos perdido el contacto con Kabarga, pero no nos será difícil encontrar el camino de regreso a la Tierra o a cualquier mundo libre del Borde —les tranquilizó Maskia.

Todos miraron a Mengale. ¿Qué estaría pensando el damishita?

Pero Megale estaba impasible. Tal vez no le importara conocer la parte de la Galaxia de la que procedían sus amigos. Pero poco después Maskia posiblemente le desilusionó cuando dijo:

—No te asustes, Mengale. He localizado Kabarga. En realidad está a menos de un año luz. En pocas horas estaremos cerca y te transportaremos a una de tus naves.

Y Mengale sonrió tristemente.

* * *

El presidente del Consejo tuvo con los terrestres unas escuetas palabras a través del comunicador. Les preguntó si querían algo antes de regresar a la Tierra.

—No. Disponemos de suficiente comida para el regreso, señor —respondió Alan—. Antes de veinte días estaremos en nuestros, hogares.

—Nos habría gustado… En fin, que se hubieran quedado más tiempo.

—Preferimos no hacerlo, señor. Y le prometo que no revelaremos la existencia de los planetoides de Kabarga a nadie. La curiosidad no es buena consejera para muchos de los habitantes de diversos planetas de nuestra parte de la Galaxia.

—Os lo agradeceremos eternamente —sonrió el presidente—. Queremos vivir aislados.

—Así será. Los darkas no molestarán más al pueblo Damish.

—De eso estamos seguros. Sin la presencia de Kol-Er caerán en el salvajismo aún más inmenso del que padecían antes del liderazgo del Protector. Ah, saludos de Mengale. En estos momentos está siendo recogido en una de nuestras naves. La chalupa que les enviamos ha regresado sin novedad.

Después de unas nuevas frases protocolarias, Maskia cerró la comunicación.

La nave empezó a alejarse de la influencia del sol Kabarga. En esta ocasión no entrarían en el hiperespacio hasta que no estuviesen prudencialmente lejos. Una vez habían efectuado el hecho insólito para evitar los impactos de varias docenas de torpedos y no deseaban repetir la experiencia.

Unos días más tarde, casi a punto de concluir el largo viaje de regreso, Alan preguntó a Mary:

—¿Qué supones que hará el gobierno de la Tierra con Lerto y Maskia?

—No lo sé, pero yo les aconsejaría que por el momento no pensaran volver a la Tierra. Deben refugiarse en un mundo independiente del Borde, hasta que el asunto se olvide.

—Se han arruinado…

En aquel momento entró Jeremías. Miró hoscamente a la pareja.

—¿Y qué pasa conmigo? No podré volver a vender una sola parcela en ningún planeta durante toda mi vida.

Alan se encogió de hombros. El también podía considerarse despedido de la compañía. Y quizá sobre él pesase una demanda reclamándole el dinero que había gastado a cargo de la cuenta corriente de sus jefes. No era mucho, pero no disponía de un solo crédito.

Jeremías se retiró gruñendo al percatarse que la pareja no le hacía el menor caso. Mary acarició los cabellos de Alan.

—Te veo preocupado.

—No es para menos. Me gustaría vivir contigo, pero no te lo aconsejo.

—¿Por qué? Yo te amo. Puedo presentar mi dimisión como agente del gobierno. Ya estaba cansada de ese trabajo.

—Pero tú puedes encontrar uno. En cambio yo... ¿Quién dará empleo, un empleo decente, a un tipo como yo, que ha malversado fondos de su compañía y ha desertado de sus obligaciones?

—¿Te arrepientes de haber vivido esta aventura?

—¡Claro que no! —la besó y comenzó a pensar que debía cerrar la puerta de la habitación para que nadie volviese a molestarles—. Lo he pasado realmente bien. Mi existencia, hasta que la torpeza de Jeremías me embargó en la nave de esos dos pillos, fue gris y monótona. Además te he conocido y eso ha sido lo mejor que me ha ocurrido en mi vida.

Mary empezó a besarle en el cuello y susurró:

—Cierra la puerta, cariño.

Cuando Alan fue a levantarse para hacerla, Lerto se asomó a ella, gritando:

—¡Lo he descubierto cuando estaba efectuando unas reparaciones en el nivel doce, amigos!

Molesto, Alan preguntó:

—¿Ratas? ¿Has descubierto ratas? ¿Ratas darkas?

—¡No! Dime, Alan, ¿qué necesitarías para que esta aventura hubiese acabado perfectamente?

Alan no dudó en decir:

—Pues creo que cuando tomamos una nave, ésta, debimos haber cogido la que estaba llena de mamparos de oro.

—Bueno, no es tanto, pero sí tendremos bastante, creo al menos.

—¿Quieres explicarte de una vez y luego largarte?

Lerto sonreía, algo poco frecuente en él. Contuvo con nerviosas manos el gesto impaciente de Alan y dijo:

—Los conductos, amigos. ¿No recordáis haberlo oído varias veces a los darkas? El oro era para ellos algo sin valor que usaban para las conducciones.

—¿Quieres decir que...?

—¡Sí! Esta nave tiene miles de metros de cables de oro.

Millones de metros. ¡Miles de kilos! Tal vez unos dos o tres millares. Se lo he comunicado a Maskia y a Jeremías, que se cruzó conmigo lanzando maldiciones. Ahora canta y salta como un poseído.

—No es para menos. Lerto, ¿quieres hacemos un favor?

—Claro que sí. ¿Qué queréis?

—Que nos dejes solos.

—¿Eh? —sonrió de pronto, y retrocedió un paso, poniendo una mano en el pomo de la puerta—. Sí, claro. ¿Pero y el oro?

—¿Es que piensas quitar las conducciones ahora, maldita sea? Ya lo haremos cuando descendamos en algún mundo del Borde, hombre.

Riendo, Lerto se retiró y cerró la puerta. Alan echo el seguro y volvió al lado de Mary.

Demonios, pensó, habría tiempo para pensar en el oro Ahora tenía otra cosa mejor entre manos, por supuesto Y la estrechó con fuerza.

FIN